

Martina Bouza

Las gafas de  
Alejandra 



12 historias de amor con humor  
12 hombres que te harán soñar

¿Te lo vas a perder?

2020

Las gafas de  
Alejandra 

Electronic version

♥Martina Bouza♥

Las gafas de  
Alejandra 

Derechos de autor © 2020 Martina Bouza

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

*A esa persona que me regala su sonrisa diariamente.*

## Contenido

2020

Electronic version

Derechos de autor

Dedicatoria

1. EL MÍSTICO. UN EMPRENDEDOR EN BALI

2. EL EXÓTICO. UN CHICO NUEVO EN LA OFICINA

3. EL SEDUCTOR. UN ITALIANO EN EL LAGO DI COMO

4. EL ADONIS. UNA PUESTA DE SOL EN UN BEACH CLUB DE MALTA

5. EL MADURITO INTERESANTE. UN PERFECTO CABALLERO

6. EL BOHEMIO. UN PAPEL, UN LÁPIZ Y UNA GUITARRA EN LONDRES

7. EL SURFERO. UN CRUCERO POR EL MEDITERRÁNEO

8. EL CHICO MALO. UNA CLASE CON MI PROFESOR DE LA AUTOESCUELA

9. EL HEDONISTA. UN INOLVIDABLE RECUERDO DE MI INTERRAIL

10. EL FIESTERO. UNA NOCHE LOCA EN UNA PLAYA DE IBIZA

11. EL YOGURÍN. UNA FIESTA CON EL HERMANO DE MI MEJOR AMIGA

12. EL ROMÁNTICO. UN AMOR EN BURDEOS

## 1. EL MÍSTICO. UN EMPRENDEDOR EN BALI

Estaba desayunando en la terraza del hotel Bliss Spa Resort de Ubud, con vistas panorámicas a los campos de arroz, cuando sonó mi teléfono. Mi guía, Wayan, llegaría a buscarme en quince minutos.

Ese verano me moría de ganas de viajar a Bali y, como no encontraba a nadie que quisiera venirse a la isla, decidí irme sola. No era la primera ni la última vez que lo haría.

Busqué un guía por internet en la página web de TripAdvisor. Contacté con él y, gracias a mi «spanglish» y al traductor Google, encontramos la forma de comunicarnos, me iba a enseñar Ubud.

Llegó y me explicó el itinerario de ese día: primero, iríamos a Batulan Temple a ver la danza del Barong; después, a Pura Tirta Empul Temple; luego, a los arrozales de Tegalalang; a continuación, a Coffe Luwak, y terminaríamos en Pura Tanah Lot (Templo de la Tierra en el Mar). Este último templo lo habíamos dejado para el final porque es un lugar espectacular, especialmente al atardecer, cuando la luz del sol se torna dorada y desciende por el horizonte convirtiendo el templo en una oscura silueta.

Cuando llegó la hora de comer, mi guía Wayan me dejó en un restaurante y me dijo que me recogería en una hora y media. El sitio se llamaba TebaSari Resto, bar y *lounge* Jalan Raya, Tegalalang. Estaba situado enfrente del café Luwak, que era la siguiente parada que íbamos a hacer después de comer. El restaurante era un sitio precioso con unas vistas impresionantes y estaba ambientado con cañas de bambú, además, su comida asiática era exquisita.

Yo estaba disfrutando de mi tercer cóctel cuando vi a un hombre muy atractivo en la mesa de enfrente y observé, por la conversación que mantuvo al teléfono, que era español, que también estaba solo y que no llevaba anillo de casado. Era un hombre físicamente atlético. Mediría un metro ochenta más o menos. Su rostro expresaba mucha tranquilidad. Su piel estaba morena. Tenía mucha cantidad de pelo negro, que lo llevaba por debajo de las orejas y muy alborotado. Sus ojos eran serenos y marrones. Sus labios no eran muy gruesos, más bien diría que finos y estaban rodeados por una poblada barba negra.

Me encantaba su estilo, era muy tropical, perfecto para el lugar. En la parte de arriba llevaba una camisa de lino blanca desabotonada por arriba que dejaba ver el vello de su pecho con las mangas remangadas y sacada por fuera del pantalón. En la parte de abajo vestía con unas bermudas azules también de lino y unas alpargatas de esparto del mismo color que su pantalón.

Para empezar a hablar con él, usaría una de las técnicas de seducción infalible. Le pediría que me hiciera una foto. En ese momento, me puse las gafas de corazones, me pinté los labios de color rojo, saqué el móvil de mi bolso, recogí mis cosas y me fui hacia su mesa.

—Perdona que te moleste. ¿Hablas español?

—Sí.

—¿Te importaría hacerme una foto? Es tan exótico el restaurante que me gustaría tener un recuerdo.

—Sí, por supuesto. ¿Dónde la quieres?

—Aquí, para que sea vean las cañas de bambú que están en el centro. Toma el móvil.

—¡Qué originales son tus gafas! Son muy *vintage*.

Solté una carcajada.

—Gracias. Me gusta llevar unas gafas diferentes para que la gente me pueda ver con claridad entre la multitud.

—Muy buena respuesta. Esa me la apunto.

Me hizo la foto y me devolvió el móvil.

—¿Podría ver cómo ha salido?

—Sí, por supuesto. Mira, ¡ha quedado perfecta!

—Perdona, si no es indiscreción, ¿viajas sola o acompañada?

—Viajo sola (cómo me gusta decirle a completos desconocidos que viajo sola, sigo viva de milagro). No me dejaban traer en el avión a los siete gatos con los que vivo.

Siguió riéndose a carcajadas.

—Disculpa, que no me he presentado. Me llamo Jorge. ¿Cómo te llamas?

—Me llamo Alejandra. Encantada. —Le di dos besos en las mejillas.

—Y bien... Alejandra, ¿estás viajando por ocio o por trabajo?

—Estoy de vacaciones. ¿Tú?

—No soy tan afortunado. Estoy por trabajo. Importo ropa y accesorios balineses para llevarlos a España donde tengo un negocio.

En ese momento me sonó el móvil. Era Wayan.

—Jorge, encantada de conocerte. Me da mucha pena tener que marcharme. Me has caído genial, pero me acaba de llamar mi guía para que sigamos con la ruta.

—Una cosa antes de que te vayas... Se me está ocurriendo... ¿Qué te parece si nos damos el teléfono y continuamos esta conversación por la noche? Conozco un sitio donde hacen los mejores mojitos de la ciudad.

—Suena divertido.

Nos dimos los teléfonos.

—¿Sobre qué hora regresarás al hotel?

—Mi guía me ha dicho que a las siete.

—¡Perfecto! Más tarde te escribo para concretar dónde te paso a buscar a las ocho.

—Genial.

—Si te veo a las ocho, comenzaré a ser feliz desde las siete.

—¡Jorge! ¡Eso es del *Principito*! Para ligar conmigo tienes que ser un poco más original, que ya me las sé todas —le dije con un gesto divertido.

—Eres tremenda —dijo sonriendo.

—Adiós, Jorge. Te veo esta noche.

¡Toma ya! El plan había salido mejor de lo que esperaba. Una vez más, mis gafas me habían traído buena suerte.

—Te escribo en un rato. ¡Disfruta de la ruta! —dijo mientras me guiñaba un ojo.

Cuando llegué al hotel, tuve mis dudas de si ir o no ir a la cita, pero pensé que estaba en Bali de vacaciones, soltera, y Jorge era terriblemente *sexy*. ¿Qué dudas podía tener? Ninguna.

A las ocho, salí a la calle y ahí estaba, esperándome. Iba impecable. Volvía a vestir con lino y seguía llevando el pelo despeinado a propósito.

Fuimos a cenar a Arang Sate Bar, que estaba en la calle Jalan Raya, al lado del palacio de Ubud, en pleno centro. Era un restaurante con ambiente agradable y moderno sin perder el estilo balinés, con música en directo. El personal era muy simpático y servicial (como en el resto de Ubud). Primero pedimos algunos *small plates* para compartir y probar un poco de todo y, a continuación, brochetas (*sate*) de gambas, hígado de pollo y ternera especiadas con cúrcuma,

jengibre y otras especias que le daban un gusto no picante y delicioso, que acompañamos con una jarra de caipiroska. Todo estaba exquisito y terminamos la cena disfrutando de sus famosos *cocktails*.

—Me ha encantado el sitio, Jorge. Tenías razón, el mojito está delicioso y la comida estaba buenísima. Además, es un lujo poder disfrutar de música en directo.

—Me alegra mucho que te guste, Alejandra. Siempre que vengo a Bali termino comiendo aquí, pero es la primera vez que lo hago teniendo en frente a una mujer preciosa.

Me lo dijo mientras me acariciaba las manos. Estaba muy roja y notaba que la cara me ardía. No sé si por lo que me acababa de decir, por el alcohol, por el calor que hacía en la isla o por una mezcla de todo.

—Gracias, Jorge. Has conseguido que me sonroje y créeme cuando te digo que eso en mí es difícil de conseguir. La verdad que tú también me pareces un hombre muy guapo y atractivo —le dije mientras le tocaba los brazos y le miraba con ojos lascivos.

—¿Te apetece que vayamos a mi hotel? Aquí hay demasiado ruido y me gustaría estar contigo en un sitio más tranquilo.

—Me parece que acabas de tener una muy buena idea Jorge. ¡Vamos!

Llegamos a su hotel. Era una villa privada con una habitación. Nada más entrar, te encontrabas una impresionante terraza con piscina privada, solárium, una mesa con sillas y una cocina cubierta. Enfrente, se abría la puerta que llevaba a la habitación con una cama de matrimonio enorme y un baño

Llamó al servicio de habitaciones para que trajeran una botella de vino. Encendió velas y seleccionó en su móvil la música relajante *Beyond the Missouri Sky*, por Charlie Haden y Pat Metheny, para que sonara por los altavoces.

Jorge era muy místico, poseía un lado espiritual muy desarrollado, más que el promedio de las personas. Demostraba esa espiritualidad o esa conexión con lo que está más allá de la vida terrenal en su forma de comunicarse y en su actitud más bien pacífica, relajada y tranquila, que tenía que ver, sin duda, con esa íntima relación con lo que no podemos comprender racionalmente.

—¿Nos tomamos unas copas en la piscina? —me ofreció.

Comenzó a tocarme suavemente el cuello, los hombros y la espalda.

—Vaya. Creo que tu karma se encuentra algo desalineado. ¿Quieres que te ayude a centrarlo de nuevo? Me han enseñado a hacerlo estos días aquí en Bali.

Asentí.

—Vale. Pues lo primero que tienes que hacer es relajarte y sentirte cómoda Así, muy bien... Cierra los ojos y respira hondo. No, así no. Tienes que llevar el aire a la zona que hay a unos cuatro dedos por debajo de tu ombligo. Así. Perfecto. Trata de retener aire y cuenta hasta quince. Eso es... Después, expúlsalo muuuuy lentamenteeee...

A los diez minutos estaba completamente relajada. Además, decidí acariciarle los brazos y el cuello con los dedos sin apenas tocarle y, en un arrebato, le besé.

Le besó de nuevo. A los tres segundos, volví a besarle y, cuando me quise dar cuenta, estábamos abrazándonos y tocándonos sin parar.

Me agarró a horcajadas, me llevó para el dormitorio, me tumbó en la cama y comenzó a desabrocharse la camisa mientras yo me quitaba el vestido. Estábamos muy excitados. Continuó con el pantalón. Nos ayudamos mutuamente a quitarnos la ropa interior mientras nos abrazábamos y nos besábamos.

Jorge continuó recorriendo todo mi cuerpo con sus labios hasta que se paró en mi entrepierna

para hacerme disfrutar y gemir de placer. Cuando consiguió que llegara al orgasmo, cogió un preservativo que tenía en la mesita de noche y me atrajo hacia él. Era muy sensual, se movía de forma suave para excitarme aún más. Me rozaba tan despacio con las manos que tenía toda la piel erizada.

Me giró. Me puso bocabajo. Se puso encima de mí y buscó su propio placer. Mientras lo hacía, consiguió que yo volviera a alcanzar el clímax. El sexo con él era de otro nivel. Era un experto. Sabía perfectamente cómo excitar a una mujer.

Escuché sus gemidos y se desplomó. Noté los latidos acelerados de su corazón en mi espalda. Me abrazó. Estábamos empapados de sudor. Nos quedamos quietos sin movernos disfrutando de la sensación de ese momento, que no soy capaz de expresar con palabras.

A la mañana siguiente, me despertó dándome besos en el cuello y me susurró al oído:

—Despierta, bella durmiente. Acaban de traer el desayuno. Nos vendrá muy bien comer para recuperar la energía.

Cuando llegué a la mesa, no podía creer lo que estaba viendo. Aparte de las *delicatessen* típicas de la cultura balinesa, la mesa estaba llena de figuras de grullas de Origami hechas con papel de periódico

—¿Y esto? —dije con la boca abierta.

—Las he hecho yo. Las grullas de Origami son muy conocidas en Japón y su símbolo más característico es para dar suerte y traer paz a tu vida. Las he hecho porque quiero regalarte salud, suerte y serenidad. No tienes que llevarte todas, coge la que más te guste, así, cuando la veas, te acordarás de mí.

¿Olvidarme de él? Eso ya era imposible.

## 2. EL EXÓTICO. UN CHICO NUEVO EN LA OFICINA

Hacía meses que no dormía, pensando en el nuevo chico que había llegado a trabajar en la oficina.

Entró en septiembre. Se llamaba Roberto y era cubano. Llevaba el pelo rapado, tenía unos ojos negros muy vivos, unos labios carnosos y su piel era color café. El adjetivo que mejor le definía era exótico. Su espalda era ancha, su cuerpo era fuerte y tenía un culito respigón que, cada vez que lo veía pasar cerca de mí, tenía que sujetarme las manos para no darle un azote.

Mientras me tocaba en mi cama pensando en él cada noche, jamás me pude imaginar lo que ocurrió se día.

Era 22 de diciembre. La nieve suave se acumulaba en el alféizar de la ventana; hacía bastante frío fuera. Era tarde, ya nos tendríamos que haber ido, pero ese día teníamos un *afterwork* en el comedor de la oficina. Nuestra jefa había contratado un *catering* para festejar la Navidad entre los empleados. Todos llevábamos un jersey con motivos navideños porque la empresa había organizado un concurso y el que llevara el más hortera ganaría un viaje a Lanzarote de un fin de semana para dos personas.

Yo me había esforzado por conseguir el premio. Me apetecía escapar unos días de la ciudad. Mi jersey era el cuerpo de un elfo de los que trabaja para Papá Noel y la cabeza era la mía propia.

Estaba echándome vino en una copa cuando entró Roberto al comedor. Todos soltaron una carcajada cuando lo vieron aparecer y le aplaudieron. Llevaba un jersey con un árbol de Navidad dibujado y se había puesto luces de verdad que funcionaban con una pila portátil alrededor de su cuerpo. Estaba claro quién iba a ganar este año el concurso.

La noche transcurrió entre risas, cotilleos, chistes y alcohol, mucho alcohol. Una compañera se acercó a mí y me dijo:

—No olvides la regla del tres.

—¿La regla del tres? Macarena, no te entiendo.

—Sí, la regla del tres. En una fiesta con la gente del trabajo. Nunca debes de beber más de tres copas ni irte más tarde de las tres. Si no cumples con esta regla, puede que termines haciendo cosas de las que al día siguiente te arrepientas.

Macarena se fue en ese momento, y ya no la volví a ver más. Se marchó sin despedirse de nadie, hizo una «bombita de humo».

Cuando terminamos de cenar y antes de empezar con las copas, nuestra jefa anunció que iba a proclamar al ganador. El concurso se había hecho mediante votación. Antes de empezar a cenar, nos repartieron un papelito en el que teníamos que escribir el nombre de la persona del jersey que más nos gustaba.

Y, cómo no, el ganador fue Roberto, casi por mayoría absoluta.

Era mi oportunidad para acercarme a hablar con él sin tartamudear; me ponía muy nerviosa cuando me miraba. Ya iba un poco borracha y mi excusa era felicitarlo por haber ganado el concurso.

—¡Enhorabuena, campeón! Te merecías ganar. Eres el que más se lo ha currado.

—Gracias. Lo único que tengo un problema... —me dijo mordiéndose el labio—. El viaje es

para dos personas y no tengo con quién ir ¿Tú te vendrías conmigo?

Creo que en ese momento sufrí un paro cardíaco momentáneo.

—Estás de broma, ¿no? Si es la primera vez que hablamos. Yo creo que deberías dejar de beber, te está afectando demasiado. —Y le cogí la copa mientras jugueteaba con ella.

—No me has dicho que no te vendrías... —me dijo con mirada picarona, mientras intentaba hacerme cosquillas en el costado para que le devolviera la copa.

—No te he dicho que no porque, en el fondo, me encantaría ir a ese viaje, pero eso no significa que me fuera contigo.

—Ah, ¿no? Eso es porque no me conoces bien. Si me conocieras un poquito más, solo un poquito, sería suficiente para que fueras tú la que me pidieses de rodillas venirte —me dijo riéndose.

—Por lo que veo, no tienes problemas de autoestima. Baja ego que sube Roberto.

Los dos nos estábamos riéndonos a carcajadas cuando pasó nuestra jefa delante de nosotros y nos miró de reojo.

—Aquí hay mucha gente. ¿Te apetece que continuemos hablando en un sitio más tranquilo? —me dijo Roberto, con una mirada tan penetrante que creo recordar que se me desabrochó solo el pantalón.

—¡Claro! Vamos a un sitio en el que estemos solos.

Salimos del comedor y fuimos hacia una de las salas de reuniones del último piso de las que yo tenía llaves.

Abrí la puerta, entramos, cerré por dentro con la llave y bajé las persianas.

—Así nadie sabrá que estamos aquí. Además, soy la única que tengo llave de este sitio.

—¿Y por qué quieres que nadie nos vea? —me dijo mientras me agarraba la cintura.

—Porque me tienes que convencer para que me vaya contigo al viaje y quiero ver qué se te ocurre sin que nadie te vea. —Estaba claro que esa noche no iba a cumplir con la regla del tres de Macarena.

—A ver qué te parece esto.

Me besó en el cuello despacio, lo que hizo que se me erizara todo el vello de mi cuerpo. Continué tocándome suavemente. Todos sus movimientos eran muy suaves.

Me quitó el jersey y la camiseta, y besó mis pechos que se asomaban por encima de mi sujetador de encaje negro. Me bajó la cremallera de los pantalones. Yo me quité las botas y después los pantalones. Estaba en ropa interior apoyada en la mesa de reuniones, cuando le dije:

—Ahora es mi turno.

Le quitó el jersey navideño con las luces, mientras me reía.

—Este jersey no es muy erótico-festivo —le dije riéndome. Continué con su camiseta y, cuando vi su torso desnudo color café, hiperventilé.

Me ayudó con sus pantalones y sus zapatos y se quedó desnudo enfrente de mí. Me apoyé en el borde de la mesa. Se bajó los calzoncillos, se agarró la entrepierna y, mientras se la masajeaba con la mano, me dijo:

—Te voy a hacer disfrutar mucho, mi amor. Te tenía muchas ganas.

Me quitó el sujetador, me bajó las braguitas y continuó besándome.

—Espera un momento, Roberto. ¿Tienes preservativos? —Y este fue mi único momento que hice caso a mi lado racional del cerebro en toda la noche.

—Sí, claro. Siempre llevo, nunca se sabe lo que te puede pasar, ni cómo vas a terminar.

—Me gusta cómo piensas. Eres un hombre optimista y precavido —le dije sonriendo.

Cogió un condón de su cartera, lo abrió con las manos y lo desenrolló. Me agarró del brazo y me atrajo hacia él con una seguridad en sí mismo que nunca había visto en un hombre.

Lo hicimos apoyados en la mesa durante mucho tiempo, tenía mucho fondo. Cuando terminamos, me guardé el condón usado y el envoltorio en el bolso para no dejarlo en la papelera de la sala y que alguien lo pudiera ver. Era una guarrería, pero quería seguir conservando mi puesto de trabajo.

Nos vestimos y pedimos un Cabify cada uno para que nos llevara a casa. Nos besamos apasionadamente y salimos por turnos. Todavía quedaba gente en la fiesta y no queríamos levantar sospechas.

El lunes no fue complicado disimular que Roberto y yo nos habíamos pasado el fin de semana trabajando duro en aspectos lúdico-sexuales. Lo realmente difícil fue soportar las agujetas, y es que para aguantar los maratones sexuales que el cubano necesitaba, una debía tener fondo por lo menos como para hacer un triatlón.

Entré en la oficina con las gafas de sol de corazones puestas. Parecía que acaba de salir de un *after hours* de una zona conflictiva de la ciudad. Tardé en quitármelas, tenía muchas ojeras y estaba totalmente agotada.

Como habíamos planeado el domingo, el lunes apenas nos mirábamos. Bueno, lo hicimos lo habitual. Un par de comentarios sobre el tiempo, lo malo que estaba el café de la máquina y unas cuantas miraditas.

A la salida, nos vimos en su casa. Cada uno llegó allí por separado. Nos besamos en la boca a modo de saludo. Roberto me agarró de la mano y me llevó directamente a su dormitorio.

—Siéntate en la cama y no hagas nada.

Empezó a quitarse la ropa hasta quedarse completamente desnudo haciéndome un *striptease*, mientras pensaba: ¿Esto está pasando de verdad o es una ilusión óptica? ¿Cómo era posible que el hombre con el que tenía sueños húmedos estuviera bailando sin ropa para mí? Tuve que hacer algo muy bueno en el pasado para que el karma me lo devolviera así.

—Ven aquí. Quiero hacerte tantas cosas que me duele. —Me cogió la mano y se la llevó a la entrepierna.

—Roberto, eres cubano y no puedo competir con tu movimiento de caderas, pero no creas que por eso yo no tengo nada que enseñarte —le contesté mientras le tocaba.

Empezamos a besarnos desesperados. Estaba tan excitada que pensaba que sería capaz de hacer cualquier cosa que me pidiera. Pero no pidió nada. Solo me quitó rápidamente la ropa, me tiró sobre la cama, se puso el preservativo que ya tenía preparado y me atrajo hacia él.

Llegué al orgasmo enseguida mientras me tiraba del pelo, estaba muy excitada. Él continuó hasta que dejé de sentir todas las partes de mi cuerpo. Era insaciable. Volví a alcanzar el clímax una segunda vez y poco después lo hizo él. Cayó rendido a mi lado, jadeante.

—Voy a darme una ducha, ¿vienes?

—Sí, pero dame unos minutos para recuperarme, que no soy actriz porno. Tengo que poder volver a mover las piernas.

Aquella noche, pedimos comida japonesa para cenar y después me fui.

Antes de marcharme, me dijo:

—Una cosa, Alejandra... Vas a tener que empezar a buscar bikinis porque en esta época son difíciles de encontrar y el primer fin de semana de enero nos vamos a Lanzarote, porque creo que ya te he convencido para que vengas conmigo, ¿verdad?

—Pues la respuesta es no, porque no me gusta usar bikini, me gusta bañarme desnuda. ¿Podrás

soportarlo?

—Creo que sí —dijo sonriendo.

—Entonces, sí, me has convencido. Iré contigo a Lanzarote.

### 3. EL SEDUCTOR. UN ITALIANO EN EL LAGO DI COMO

En el puente de diciembre decidí ir a ver a mi amiga Sofia que estaba viviendo en Suiza, concretamente en Lugano.

—Alejandra, me ha hecho muy feliz que vinieras a verme. Ya verás cómo lo pasamos genial. Esta noche te voy a llevar a una fiesta que hacen unos amigos míos en su casa. Son muy divertidos, te encantarán.

—Perfecto, Sofia. Tengo un poco de miedo de morir de hipotermia por el camino, pero me apetece el plan —le dije sonriendo.

Cuando llegamos a la casa, entre el tumulto de gente, vi a un hombre con unos ojos azules que eran como estar mirando al mar.

—Sofia, ¿quién es ese hombre que tiene los ojos que quiero que tengan mis hijos? —le dije señalándolo con el dedo.

—Trabaja conmigo. Ven que te lo presento. —Me agarró del brazo y me llevó hacia él—. Es muy simpático y habla español.

—Hola, Massimo. ¿Qué tal estás? Mira, te presento a mi amiga Alejandra, que ha venido a verme y a pasar unos días conmigo.

—¡Hola! Encantado. Sofia, no me habías dicho que tenías una amiga con la sonrisa más bonita del mundo.

—Gracias —sonreí—. ¿Por qué hablas tan bien español?

—Lo aprendí cuando era niño. Estudié en un colegio internacional.

—Bueno... Chicos, yo me voy que ya sobro aquí.

Sofia se acercó al oído y me dijo:

—Pórtate muy mal y luego me lo cuentas.

—¡Sofia, estás loca! ¡Tengo novio!

—¿Y qué pasa? Eso aquí no lo sabe nadie. —Y se fue.

Massimo me explicó que vivía en el lago di Como, muy cerca de donde estábamos.

Él era alto y corpulento. Tenía el pelo negro y espeso peinado hacia atrás. Sus ojos azules destacaban mucho en su piel morena. Su mirada era penetrante y misteriosa. Su cara era simplemente perfecta, en ella lucía la sombra de una barba y unos dientes blancos perfectamente alineados. Su espalda era ancha y fuerte de la que continuaba un trasero duro y unas piernas fuertes y atléticas.

Llevaba una camisa apretada y una *blazer* cruzada, ambas de color azul oscuro, unos vaqueros y unas zapatillas Nike del mismo color que la parte de arriba de su *outfit*. ¡Qué estilazo! Parecía que acaba de salir de un anuncio de televisión.

Todo el grupo nos fuimos a una discoteca para continuar tomándonos copas y poder bailar y divertirnos. Cuando llegamos allí, había muchos jóvenes moviéndose al ritmo de la música. Recuerdo que había humo y muchas luces de colores, y también a mi amiga Sofia diciéndome:

—Ale, tienes novio, pero ya sabes que puedes hacer lo que quieras. Lo que pase en Suiza se queda en Suiza.

—Gracias, Sofia.

Era la peor frase que te podía decir una amiga. Sabías que significa que, si al final caías en la

tentación, nadie había visto nada. Siempre significaba la crónica de una muerte anunciada.

Massimo me agarró del brazo. Recuerdo la sensación de bailar con él. Me gustaba mucho cómo se movía, era muy *sexy*. Nos abrazábamos. Nos rozábamos. Quería sentirlo cerca de mí. Olía tan bien...

Le hice varias cobras y pensé que se cansaría y se marcharía a por otra víctima, pero no, continuó. Dejé que me besara el cuello mientras me decía:

—Alejandra, resistiéndote a la tentación lo único que consigues es que te desee aún más. Un italiano no acepta un «no» como respuesta.

Doy fe de ello. Fue muy persistente.

Los dos estábamos muy excitados, pero mi conciencia no me permitió que me liara con él; si lo hacía, sabía que no me lo perdonaría. Nunca hago a los demás lo que no me gustaría que me hicieran a mí y sabía que si lo hacía no iba a poder mirar a los ojos a mi novio cuando regresara a España.

Cerraron la discoteca y Massimo decidió acompañarme caballerosamente a la casa de Sofia e intentar por enésima vez besarme en la boca. Le volví a decir que no, pero nos dimos los números de teléfono con la esperanza de que algún día nos volviéramos ver.

Cuando regresé a España, me escribió un WhatsApp.

—Alejandra, me han encantado tu sonrisa. Me gustaría volver a verla otra vez...

Después de ese, siguieron muchos más, lo que derivó en que yo dejara a mi novio y, en cuanto pude coger vacaciones en mi trabajo, me fui a verlo a Italia.

Era julio. Massimo apareció en el aeropuerto de Milán con su Fiat 500 de color azul oscuro. Desde allí, partimos con destino a su casa en Bellagio en lago di Como.

Llegamos por la tarde, a la hora del aperitivo italiano, y nos sentamos en una terraza con vistas al lago. De entrada, pedimos un *prosciutto* de Parma, quesos y salatinis con vino. De segundo, una *focaccia* con tomates, rúcula y jamón que maridaba perfecta con un Aperol Spritz con chardonnay.

Cuando terminamos, paseamos por el lago y nos sentamos en las escaleras de piedra de Salita Serbelloni, en la zona alta de Bellagio. Massimo me cogió de la mano y me dijo:

—Alejandra, ¿eres real o te estoy soñando? —Y me besó.

Cuando anocheció, nos fuimos para su casa. ¡Madre mía! ¡Era demasiado guapo! Nos sentamos en el sofá, le desabroché la camisa con mirada lasciva y se me sentó a horcajadas encima de él. Le besé mientras su cadera se movía adelante y atrás entre mis piernas. Me levantó el vestido y me quedé en ropa interior enfrente de él. Me ardía la piel y el palpitar de mi sexo ya era insoportable.

Massimo se levantó y dijo algo en italiano que no entendí, pero una de las palabras de la frase contenía la palabra condón (que se dice igual que en español). Lo que hizo que me quedara muy tranquila.

Regresó al salón, dejó el preservativo en la mesita auxiliar y me desabrochó el sujetador mientras me besaba los pechos con suavidad. A continuación, se quitó los pantalones, me tumbó en el sofá y se puso encima de mí. Me besó todo el cuerpo con suavidad, desde los pies hasta el cuello. Metí la mano por debajo de su ropa interior e intensifiqué el movimiento mientras él no dejaba de acariciarme por encima de mis braguitas. Nos incorporamos, nos quedamos completamente desnudos y le puse la goma. Me tumbé en el sofá con las piernas abiertas y se colocó encima, estaba tan empapada que entró casi sin empujar.

Tuve dos orgasmos. En el segundo noté que, cuando alcanza el clímax, Massimo explotaba y llenaba el condón. Cuando terminó, se quedó clavado dentro de mí, jadeando. Estábamos

extasiados. Nos dimos un beso y pensé que no quería que se acabase nunca esa noche.

Massimo me despertó con caricias. Abrí los ojos y lo vi en calzoncillos, sonriente. Yo estaba en ropa interior y la sábana dejaba ver mis pechos por encima del sujetador. Me los besó con dulzura.

—Despierta, *bellissima ragazza*. He preparado unas piadinas de jamón y queso y he hecho café.

Nos sentamos a desayunar en la mesa del salón de su casa y vi su torso enfrente de mí. Tuve que pellizcarme para asegurarme de que no estaba soñando. Me quedaba embobada mirándolo, como cuando vi por primera vez *El David* de Miguel Ángel. La verdad es que físicamente se parecían y los dos habían sido creados por italianos.

Cuando terminamos, nos fuimos caminando hacia una zona del lago que estaba prácticamente vacía y dejamos nuestras cosas.

Yo llevaba mis inseparables gafas de sol con montura de corazón, que eran mi amuleto.

—Me encantan tus gafas, Alejandra. Eres una mujer muy atrevida en todos los sentidos.

—Quien no se arriesga, no gana, Massimo. — Le sonreí.

Nos metimos en el agua y jugamos como niños. Cada vez que me agarraba por detrás, notaba que estaba muy excitado cerca de mi trasero, lo que provocaba que los latidos de mi corazón me golpearan el pecho. Quería tener sexo con él, pero no habíamos cogido preservativos.

Cuando empezó a caer el sol, nos fuimos para su casa. Después de todo el día en el lago, estaba deseando meterme en la ducha para quitarme de la piel el calor del sol y la arena.

Habíamos quedado en estar listos a las ocho porque Massimo tenía una reserva en un restaurante para cenar. Cuando recuerdo esa noche, me hace sentir que hay veces que vivimos la vida intensamente y no solo la dejamos pasar. El restaurante se llamaba *Alle Darsene di Loppia* y estaba en la via *Melzi d'Eril*.

Se encontraba en un entorno privilegiado. Cenamos en la terraza que era preciosa, llena de plantas con flores de muchos colores. La comida era tradicional, con productos de calidad y presentación innovadora. Pedimos alcachofas con foie, tartar de atún y un rodaballo para los dos. Acompañamos la cena con un vino que nos hizo calentarnos más de lo que ya estábamos.

Durante la velada, decidí quitarme el zapato y rozar la entrepierna de Massimo. Nadie nos veía porque la mesa tenía un mantel que la cubría entera y a él le encantó. Los dos nos reíamos, bebíamos, nos besábamos, y disfrutábamos del momento sin importarnos nada más. Éramos conscientes de que teníamos que aprovechar cada segundo juntos.

Recuerdo el olor del perfume de Massimo en su piel. Olía a una mezcla de cítricos, mandarina, lavanda y pimienta.

Esa noche llevaba unos pantalones largos blancos, un polo negro abierto, ambas prendas bastante ajustadas y unos zapatos mocasines de ante negros. La ropa siempre parecía que se la había hecho un sastre a medida.

Recuerdo andar cogida de su mano de regreso a su casa y sentir que no andaba, levitaba.

—¿Eres consciente del efecto que provocas en las mujeres? Eres muy atractivo —le dije en su habitación, mientras tiraba un cojín al suelo y me arrodillaba sobre él.

—A mí solo me importa el efecto que produzco en ti.

Metió los dedos en mi pelo y empujó un poco hacia él, siguiendo el movimiento que estaba creando al meter y sacar.

Acarició mi frente con el pulgar y lo miré. Asintió, como si con ese gesto pudiera decirme que siguiera. No le dio tiempo a avisar, gimió. Paré, me limpié los labios y le lamí de nuevo antes de

levantarme.

—Ahora yo.

Me tocó con muchas ganas, pero supo que eso ya no me satisfacía y, en cuanto pudo, en cuanto se recuperó del orgasmo, Massimo se puso de pie y me agarré a él como un koala. Me sostuvo con sus fuertes brazos en los que se marcaban las venas agarrándome el trasero, mientras me besaba los labios y los pechos. Nos tumbamos en la cama, me puse encima de él a horcajadas, abrimos rápidamente un condón que tenía en la mesita de noche y me clavó con fuerza sus dedos en mis caderas. Le pedí que no parase mientras le agarraba del pelo. Estaba muy excitada. Cuando llegué al orgasmo, sentí que tocaba el cielo con las manos, pero su eyaculación me hizo volver a la realidad.

Estaba tan segura de que se trataba de una aventura erótica-festiva breve, que solo me preocupé de disfrutarla sin pensar en nada más.

Nos metimos en la ducha y nos besamos mientras el agua caía sobre nosotros.

Me acompañó al aeropuerto de Milán y nos despedimos con un beso intenso.

Subí al avión y empezó a sonar, mis auriculares, «Bailando», de Enrique Iglesias.

*Cuando tú me miras se me sube el corazón  
(me palpita lento el corazón).*

*Y en un silencio tu mirada dice mil palabras.*

*La noche en la que te suplico que no salga el sol.*

Sonreí y me sentí muy afortunada por haber vivido ese fin de semana con Massimo. Pocas veces en la vida suplicas que no salga el sol (como decía la canción) porque lo que estás viviendo esa noche, en ese momento, no quieres que termine nunca.

## 4. EL ADONIS. UNA PUESTA DE SOL EN UN BEACH CLUB DE MALTA

Era 15 de agosto y mis amigas y yo, que estábamos disfrutando de las vacaciones de verano en Malta, esa mañana decidimos ir a pasar el día a un *beach club* que estaba en St. Paul's Bay. Se llamaba Café del Mar. Ofrecía unas impresionantes vistas del mar Mediterráneo y a la isla de San Pablo. Era un lugar ideal para relajarse y nadar. También para disfrutar de una comida con un inconfundible y delicioso sabor mediterráneo.

El sitio había sido diseñado por uno de los principales diseñadores de Malta, Mark Pace. El diseño tenía que ver con el mar y las puestas de sol del Mediterráneo. Su piscina infinita se extendía hacia las cristalinas aguas azules. La zona de estar y la terraza de la piscina tenían vistas panorámicas despejadas al mar. El diseño era simple, predominantemente blanco para complementar la belleza natural de los alrededores. La idea central del diseño sencilla: te invitaba a sentarte y admirar las vistas en un contexto de música ambiental y relajante.

La brisa que soplaba desde el mar permitía una cierta frialdad al calor de ese día, cuando las temperaturas medias máximas superaban los treinta grados. Además, desde el desierto africano soplaba el viento del sur (siroco, Xlokk), lo que provocaba que aumentara la sensación de bochorno considerablemente.

Mis amigas y yo nos metimos rápidamente en la piscina para sofocar el calor de aquel día. Posábamos mientras nos hacíamos fotos para luego subirlas a las redes sociales.

El sitio era mágico. Cuando estaba apoyada en el filo de la piscina infinita mirando hacia el mar, lo único en lo que pensaba era que merecía la pena trabajar todo el año para poder disfrutar cuando tenía vacaciones de un lugar tan maravilloso como ese.

Fue un acierto. Estuvimos disfrutando de un día de sol y relajación con la música y la piscina.

Comimos. Todo estaba buenísimo y el personal, que era muy simpático, pero en concreto el chico que hablaba español, al acabar de comer, nos regaló una pulsera para poder entrar en la fiesta que había por la noche. Lo que estaba claro es que íbamos a estar allí todo el día.

Cuando estábamos disfrutando de unos *cocktails* después de comer, entraron en el *beach club* un grupo de chicos muy atractivos. Giramos la cabeza para recorrer sus pasos con la mirada y no perdernos detalle. Menos mal que llevaba las gafas de sol con forma de corazón puestas y no se me veían los ojos con los cristales, porque estaba siendo muy descarada. Me consoló ver que no estaba siendo la única. Mis amigas casi se parten el cuello por mirarlos.

Se quitaron la ropa y se metieron en la piscina. En ese momento, dije:

—Chicas, creo que el agotamiento por el calor, las altas temperaturas y la humedad están provocando que tenga alucinaciones. Si no me lo tratáis de inmediato, me puede provocar un golpe de calor y poner en riesgo mi vida. Por favor, respondedme a una pregunta para saber si estoy muy mal y tenemos que ir al hospital. ¿Vosotras también estáis viendo a esos hombres? ¿Son reales o solo existen en mi cabeza?

Todas se estaban riendo a carcajadas cuando mi amiga Carlota dijo:

—Yo también los veo. Existir, existen, aunque no estoy acostumbrada a ver hombres así en mi día a día; muy reales no es que sean —continuó riéndose.

—Está bien, chicas. Este es un momento para poner en marcha nuestro «plan de acción» que es

infalible para conseguir hablar con ellos. Lo primero, vamos a definir los objetivos.

Nuestro «plan de acción» siempre debía tener un objetivo claro y conciso. Teníamos que decidir qué chico del grupo nos gustaba a cada una sin que hubiera problemas. Todos eran guapísimos. En esta ocasión no íbamos a discutir. Cuando todas habíamos elegido uno, detallamos las estrategias que seguiríamos para lograr dicho objetivo. Designamos a una responsable del plan y lo ejecutaríamos.

La idea para llamar su atención en aquella ocasión era que todas nos metiéramos dentro de la piscina (donde estaban ellos), excepto una. Las que estábamos dentro le pediríamos a la que se había quedado fuera que nos tirara los sombreros que, estratégicamente, mi amiga desviaba y caían al lado de ellos, por lo que teníamos que acercarnos a donde estaban para cogerlos o que ellos nos los dieran. Eso implicaba que hablar íbamos a hablar, que era nuestra intención.

Carlota los tiró y al segundo escuchamos:

—Pero, bueno, chicas. ¿Pensáis que nos estamos quemando y que los necesitamos? La verdad es que ahora mismo estamos bastante calientes, pero no es solo por el sol.

Nos reímos y al minuto ya nos estábamos presentando y conociendo.

Clavé los ojos en el que me gustaba y ya no quise saber nada más del resto, solo me interesaba él.

—¿Y tú cómo te llamas?

—Me llamo Adrián.

—Yo soy Alejandra. ¿También estáis de vacaciones? —Era incapaz de hablar mucho más. Estaba totalmente hipnotizada por sus ojos.

—No exactamente. Pertenece a un equipo de *rugby* y hemos venido a jugar una final. Me estoy arrugando. ¿Te apetece que salgamos y sigamos hablando mientras nos tomamos una cerveza fresquita?

—Me parece un planazo —Y pensé: «¿Alguien puede traer un desfibrilador externo? ¡Creo que me está dando una parada cardiorrespiratoria!».

—Espérame aquí. Voy a por ellas a la barra.

—¡Espera! Voy a coger dinero.

—No te muevas, de verdad. No te preocupes. Seguro que hay una segunda ronda... —me dijo mientras se iba y me guiñaba un ojo.

Cuando la luz del sol iluminó su cuerpo, yo no podía creer lo que veía: su cuerpo no era normal, su cuerpo era un templo esculpido en una roca.

Yo había aprendido a desconfiar de las casualidades, pero lo cierto es que, cuando llegué y lo vi, pensé que ese día se debían de haber alineados los astros para que yo pudiera disfrutar recreándome con la belleza de aquel hombre.

Adrián era un adonis, físicamente su cuerpo era muy musculoso y fuerte. Tenía el pelo muy negro y espeso, ni corto ni largo, peinado con la raya al lado. En su cara destacaban unos ojos verdes que acompaña con unas largas pestañas negras. Sus labios eran gordos y sensuales. Alrededor de ellos lucía una barba perfectamente arreglada. Era la encarnación del prototipo del hombre español de pura raza cuyo atractivo no deja a nadie indiferente.

Estábamos hablando y bebiéndonos cervezas en una de las camas balinesas alejados del grupo. Me sentía muy cómoda con Adrián. Su discreción y saber estar habían hecho que me derritiera totalmente con él. Recuerdo que me habló de su equipo y de cuando iban a jugar los partidos en Malta y que le encantaría que fuera a ver uno. La verdad que eso no me lo quería perder, tendría que estar muy *sexy* vestido con la equipación.

Estábamos bebiendo cuando Adrián se agachó a coger algo del suelo: era un diente de león.

—Alejandra, pide un deseo. Si consigues que vuelen todas las semillas, se cumple.

Cerré los ojos. «Deseo que mi amor siempre vuele como las semillas de la flor de este diente de león».

—Ya. ¡Adrián!

—Disculpa... Eh... Es que eres tan guapa que se me olvidó lo que iba a decir.

Comenzaba la puesta de sol y cortaron la música para que todos los que estábamos allí disfrutáramos de ese momento mágico. Adrián se puso detrás de mí y sentí su mano en mi vientre, acercándose a él. Supe que estaba sonriendo sin necesidad de volverme.

—Déjame acariciar tu espalda —susurró en mi oído y empezó a hacerlo.

Yo estaba temblando. Solo llevaba puesto el bikini y notar el contacto de piel con piel con él, en ese momento, me hacía perder el control.

—Tienes una piel muy suave, Alejandra... —Y empezó a darme besos por detrás en el cuello.

Gemí. No podía hablar en ese momento. Tenía toda la piel completamente erizada.

—Tienes una energía sexual muy poderosa. Fantaseo contigo desde que nos hemos conocido.

—Tú también me excitas mucho.

—¿Quieres que vayamos para mi hotel?

—Me parece una buenísima idea —respondí sin titubear. Me dio igual que fuera un desconocido, que solo lo hubiera visto una vez toda mi vida, me dio igual todo. Lo único que me importaba es que era tan guapo que solo con mirarme conseguía que se me desabrochara el bikini. Si me acostaba con él, podría elevarme al séptimo cielo y eso no me lo quería perder.

Nos despedimos de nuestros amigos. Vi cómo los suyos se reían y le daban palmaditas en la espalda. Mis amigas me dijeron que tuviera cuidado, que usara condón, que tuviera en todo momento el móvil encendido y que disfrutara mucho porque ese hombre era de otro planeta.

Vino hacia a mí de nuevo.

—Vámonos.

Entrelacé los dedos con los suyos para poder salir del tumulto de la gente y nos marchamos. No nos soltamos la mano hasta que giramos la esquina.

Salimos en busca de un taxi. Conseguimos uno rápido y nos fuimos para su hotel.

Llegamos a su habitación.

—¡Uf! ¡Me encantas!

Me miró fijamente la boca y sus manos me rodearon las caderas hasta perderse hacia abajo y agarrarme el trasero.

No cerré los ojos cuando me besó. No quería perderme nada.

Comenzó a levantarme el vestido y a quitarme el bikini. Me apresuré a quitarle la camiseta y la cuerda del bañador. Estaba enloquecida.

Le toqué la entrepierna. Mientras lo acariciaba, le provocaba con la expresión más lasciva que podía dibujar en mi cara.

—¡Espera, espera! —le pedí cuando iba a entrar en mí—. ¡Preservativos! ¡Necesitamos preservativos!

—Sí, los tengo aquí.

Eché mano a la cartera y la abrió precipitado. Lo desenrolló con una facilidad y rapidez que no había visto antes.

Me tumbó en la cama en postura lateral y me atrajo hacia su cuerpo mientras acariciaba mis pechos y mis piernas. A continuación, me colocó bocarriba, abrió mis piernas, levantó una de

ellas con su mano dejando la otra apoyada en la cama, y dejé que él hiciera lo demás mientras me agarraba a su pierna.

Cambiamos de postura. Levanté las piernas y se metió entre ellas. Tuvo que contenerse bastante para no terminar rápido. Juro que estando en aquella postura llegué al clímax y besé el cielo. En ese momento, pensé: «Por favor, quiero morirme en este instante». Era el hombre más increíble con el que me había acostado en toda mi vida y, a partir de ese momento, era imposible que otro hombre me gustara tanto. Había dejado el listón muy alto.

Seguíamos besándonos mientras estaba dentro de mí. Yo tenía las piernas en alto cruzadas cuando Adrián emitió un gemido y sentí que él también iba a llegar al orgasmo.

Cuando ambos nos habíamos recuperado, fui hacia el cuarto de baño.

—¿Me puedo dar una ducha?

—Solo si dejas que me la dé contigo.

No puedo describir con palabras cómo estaba de excitada en ese momento. Allí, empapados, agarrados y jadeantes.

De nuevo, se puso solo el látex y me atrajo hacia su cuerpo. De espaldas, me agarraba los antebrazos con fuerza, como si tuviera miedo de que me fuera y lo dejara a medias.

Adrián no paraba de gemir con la boca pegada a mi cuello y me apretó los pechos mientras lo hacía; llegué al orgasmo. Él lo consiguió unos minutos más tarde.

Cuando salimos del baño, estaba extasiada. Nos tumbamos en la cama y nos quedamos un rato abrazados.

—Adrián, una pregunta: ¿Tú sabes cuántos días quedan para la Navidad?

—Exactamente el número de días ahora no lo sé. ¿Por qué?

—Porque te quiero pedir para Reyes —le dije sonriendo.

—Alejandra, eres una mujer fantástica. Te aseguro que nos volveremos a ver mucho antes de que llegue la Navidad —me dijo mientras me hacía cosquillas en el costado.

Recogí mis cosas, pedí un taxi y me fui para el hotel donde me hospedaba.

Solamente me había subido al coche cuando le empecé a echar de menos. Pensaba que no lo volvería a ver nunca más, pero, lo que no sabía, es que no siempre una historia de una noche finaliza después de haber tenido sexo. Resulta increíble todo lo que salió de ese día y las veces que luego nos volvimos a ver.

## 5. EL MADURITO INTERESANTE. UN PERFECTO CABALLERO

La fiesta de cumpleaños de mi tía Maite siempre era el mejor evento del año. Ella nunca decía su edad pero yo sabía que ya tenía unos cincuenta y tantos.

Había organizado una cena en su casa con todos sus amigos. Mi tía llamaba a su casa: «la casa del pecado», porque decía que siempre había alguien en su casa que terminaba acostándose con otro en sus fiestas.

Contrató para la cena a un conocido *catering*. La decoración era magnífica y el trato de los camareros era impecable. El *cocktail* estaba delicioso y era para todos los gustos: vegetarianos, gluten *free*, etc. Todo fue maravilloso. Mi tía se preocupaba hasta del más mínimo detalle, le encantaba organizar saraos.

Estaba hablando con ella cuando pasó uno de sus amigos y me lo presentó. En ese momento se me salieron los ojos de las órbitas como si fuera un dibujo animado.

—Hola, me llamo Marcelo.

—Mi... mi... mi nombre es Alejandra.

¿Me estaba intimidando un hombre? Pero ¡qué está pasando! Si eso no me había sucedido en la vida. Era una situación totalmente desconocida para mí. Tenía las orejas rojas y sentía que me ardían.

Marcelo era la fiel descripción de madurito interesante. Si buscaba madurito interesante en Google seguro que venía su foto. No llegué a conocer su edad, pero lo que estaba claro es que peinaba canas, aunque parecía que se las habían colocado con un pincel de forma estratégica donde mejor le quedaban. Yo no podía cerrar la boca.

Me encantaban los hombres. Nunca me importaba la edad que tenían, lo único importante para mí es si lograban encender mi interruptor. Ese botón consistía en si me imaginaba en la cama con él o no. Era así de simple. Solo necesitaba un cruce de miradas para saberlo.

Marcelo tenía una presencia refinada, vestía una moda masculina clásica. Era esa particular forma de vestir donde se prima la elegancia y el estilo intemporal frente a las modas pasajeras. Yo siempre he dicho que la elegancia solo es el medio para conseguir algo todavía más difícil: el estilo.

Llevaba traje. Era impresionante su grado de detalle y de perfeccionamiento. Era tan elegante como un *gentleman* inglés y de forma tan estilosa como lo haría un dandi italiano. Además de su indumentaria, también su forma de ser, actuar y de comportarse en sociedad determinaba su verdadero grado de elegancia. Tenía el pelo peinado hacia atrás. Era un hombre con unas facciones muy varoniles y con unos enormes ojos negros que transmitían mucha seguridad en sí mismo.

Me sentía como si estuviera desnuda a su lado. Era totalmente vulnerable.

Cuando parecía que había sido abducida por un OVNI, mi tía interrumpió mis pensamientos

—¿Cómo vienes en traje, Marcelo?

—No me ha dado tiempo a pasar por casa. Acabo de salir de la oficina y, si me iba a cambiar, llegaría tarde, y eso sabes que no va conmigo.

Por lo que me había contado mi tía, Marcelo era un hombre tremendamente exitoso en los negocios y pertenecía a los círculos sociales más exclusivos.

Yo seguía en mi planeta con los extraterrestres, cuando Marcelo me dijo:

—Recuerdo que me has dicho que te llamabas Alejandra. Corrígeme si me equivoco.

—Sí, sí. Me llamo Alejandra.

—Qué nombre más bonito. ¿Conoces su significado?

—Eh... eh... La verdad es que no. —Me costaba muchísimo hablar con él.

—El nombre Alejandra es de origen griego y, a su vez, es la variante femenina del nombre Alejandro. El nombre Alejandro está compuesto de dos términos griegos, que son: ἀλέξειν (Alexein), que significa proteger, y ἄνδρός (ándros), que significa hombre. De ahí que el significado de Alejandra sea «la protectora de los hombres». Las mujeres que se llaman Alejandra son mujeres que están orgullosas de ser como son y, en consecuencia, no suelen presentar ningún tipo de debilidad a la hora de afrontar los problemas de la vida. Normalmente, destacan por ser mujeres que cuentan con una gran elegancia y una actitud agradable, gracias a que se saben adaptar sin problemas a cualquier situación.

—¿Cómo sabes todo eso?

—Me gusta estudiar antroponimia.

«Encima es un hombre un culto. Voy a tener que pedir una toalla para secarme las babas como los bebés».

—Encantada de conocerte, Marcelo. Discúlpame, pero voy a coger algo para beber, tengo la garganta completamente seca. Ahora te veo.

No podía seguir hablando con él, me cohibía mucho.

Agarré una copa y me fui para la mesa del queso, que siempre ha sido mi favorita e intenté relajarme un poco. El vino siempre ayuda.

La velada fue transcurriendo con normalidad mientras la gente bailaba, reía y hablaba. Los amigos de mi tía eran divertidos y educados. La verdad que siempre me sentía muy cómoda entre ellos.

Sacaron la tarta en la que la vela era un signo de interrogación. Mi tía la sopló y le di su regalo. Era un picardías de la marca La Perla. A ella le encantaba la lencería. En ese momento, anunció:

—Amigos míos, tened cuidado con la tarta, que lleva canela, y ya sabemos que es afrodisíaca. No me hago responsable de lo que pueda pasar esta noche, pero, por si alguien lo necesita, os voy a repartir un condón a cada uno como detallito por haber venido a mi fiesta. Yo también os quiero.

Estaba tomándome un *gin- tonic* de Brockmans, que es una ginebra exquisita e intensamente suave, cuando escuché que mi tía le estaba preguntando a uno de sus amigos:

—Luis, ¿cuántos me echas? Y no me refiero a la edad...

Me bebí el *gin- tonic* casi de golpe. Mi tía era demasiado, incluso para mí. Siempre he querido tener un busto de ella en el salón de mi casa.

La gente se fue marchando paulatinamente y, cuando ya quedábamos solo seis personas, me fui despidiendo. La primera pareja se marchó y Marcelo y yo dimos dos besos a mi tía y al tal Luis.

Maite se me acercó al oído y me dijo:

—Esta noche estreno el camisón que me has regalado —dijo girando la cabeza hacia Luis.

—Me alegro mucho por ti. Eres mi ídolo.

Marcelo y yo salimos por la puerta y le dije:

—Bueno, Marcelo. Me ha encantado conocerte. Espero que nos veamos otro día.

—¿Sabes una cosa, Alejandra? A mí nunca me gusta quedarme con las ganas de nada.

Y me besó en los labios suave y dulcemente.

Continué. No podía parar. Estaba alucinando. Habíamos sido los últimos en irnos de la fiesta e intuí que podía pasar, pero al salir por la puerta había perdido todas mis esperanzas. Sin embargo, Marcelo tenía guardado un as en la manga.

—¿Por qué no lo has hecho antes?

—No me gusta besarme delante de toda la gente como si fuera un adolescente imberbe, no es mi estilo.

Le agarré de los tirantes y le dije:

—Tengo ganas de ti. Ahora no me puedes dejar así.

—Te propongo una idea. ¿Y si llamo a tu tía y le digo que nos abra, que nos ha surgido un imprevisto?

Asentí.

—Hola, Maite. Soy Marcelo. Estoy con tu sobrina. ¿Nos puedes abrir? Necesitamos resolver un asunto.

Mi tía abrió la puerta y nos dijo:

—Chicos, no me deis explicaciones. Estoy con Luis en mi dormitorio. La habitación de invitados está totalmente libre. Podéis dormir ahí. Os veo mañana. ¡A disfrutar que el mundo se va a acabar!

Nos besamos de forma apasionada, nos tocamos, nos acariciamos. Le despeiné el pelo. Nos quitamos la ropa mutuamente el uno al otro hasta quedarnos completamente desnudos y teniendo únicamente en mis manos su corbata.

—Me gusta verte despeinado.

—Entonces, a partir de este momento, te voy a gustar mucho —dijo alborotándose el pelo con las manos.

Me puso de espaldas, me ató las manos con la corbata, me lamió el cuello. Se agarró la entrepierna, cogió el preservativo que nos había regalado mi tía esa noche y me la clavó por detrás. ¡Madre mía! ¡Qué seguridad! ¡Qué sensualidad! ¡Qué ritmo! Llegué al orgasmo muy muy rápido. En una frase: «la experiencia es un grado».

Marcelo sabía perfectamente lo que tenía que hacer y no titubeaba en ninguno de sus movimientos, continuó con esa postura hasta el final. Le gustaba tener el control absoluto de la situación, que yo no pudiera moverme ni tomar ninguna decisión y, eso, debo reconocer que me excitaba muchísimo.

Me quedé dormida encima de su pecho y al día siguiente, cuando nos pusimos la ropa, me dijo:

—Siento tener que marcharme, pero no puedo aparecer en mi trabajo con la ropa del día anterior. Me tengo que ir a casa.

—Sí, buena idea. Yo debería ir a la mía a hacer lo mismo.

—¿Quieres que te lleve?

—La verdad, si lo haces, me harías un favor.

Subimos en su coche y me puse mis gafas de corazones.

—¿Sabes que con esas gafas me excitas muchísimo? Tienes un aire a la actriz de la película *Lolita*.

—No me digas eso, que yo ahora mismo no puedo esperar para hacerte todo lo que estoy pensando.

Llegamos a mi casa, aparcó el coche y me dijo:

—Alejandra, ¿puedo subir a tu casa? Sigo teniendo muchas ganas de ti —mientras, se tocaba

la entrepierna—. Hoy me cojo el día libre.

—No dejemos para mañana las ganas que nos tenemos hoy. Solo te diré que no llevo braguitas... No vamos a llegar ni al ascensor —le dije susurrándole al oído.

## 6. EL BOHEMIO. UN PAPEL, UN LÁPIZ Y UNA GUITARRA EN LONDRES

Pablo, el bohemio (que era como yo le llamaba), era un chico que conocí mientras estudiaba en Londres.

Congeniamos de maravilla desde el primer día que nos presentaron en la residencia y nos hicimos muy amigos. Una mañana, Pablo y yo perdimos el autobús que nos llevaba a la escuela, y ya se sabe cómo son los británicos con la puntualidad, si llegábamos tarde no nos dejaban pasar. Le dije que íbamos a desaprovechar el día, pero él me dijo que no tenía por qué ser así, lo utilizaríamos para ver el museo del National Gallery que todavía yo no conocía.

Pablo era un chico fuerte que no destacaba precisamente por su altura; mediría un metro setenta, más o menos. Tenía un pelo negro como la noche y lo llevaba por los hombros. Su piel era morena y sus ojos eran negríssimos y muy intensos. En el lóbulo de la oreja izquierda siempre llevaba un pendiente que era un aro pequeño de color plata.

Su estilo era bohemio, también conocido como «boho chic». Era un estilo relajado, original, cómodo, romántico y con una influencia un poco *hippie*. Era un estilo que solo podría definirlo como a mitad del camino entre un pirata del siglo XVIII y un vagabundo del siglo XXI. Era un *look* muy parecido a los que usaba el actor Johnny Depp.

Ese día llevaba unos pantalones *jeans* con cortes en las rodillas, una camisa holgada abierta de algodón por la que mostraba el vello de su pecho, unos botines marrones y un sombrero de fieltro. La verdad que aquella mañana se había levantado con el guapo subido.

Tenía un estilo único y muy personal. Solía comprarse la ropa en mercadillos y tiendas de segunda mano.

Cuando entramos al museo, Pablo se volvió loco. Había estudiado Historia del Arte y se sentía como cuando un pavo real abre sus plumas y puede mostrar toda su belleza. Era su momento para impresionarme. Todo lo que sabía de arte y la pasión con la que lo transmitía, me enamoraba. Me encantan los hombres inteligentes, siempre han sido mi debilidad. Nos detuvimos en *El Retrato de Giovanni Arnolfini y su esposa*. Es un cuadro del pintor flamenco Jan Van Eyck, fechado en 1434, que representa al rico mercader Giovanni Arnolfini y a su esposa Giovanna Cenami.

—¿Sabes algo curioso de este retrato, Alejandra? A pesar de lo que la mayoría de personas piensan cuando contemplan esta obra, la señora Arnolfini no estaba embarazada en el momento del retrato. Lo que sucede es que en el siglo XV era muy habitual retratar a las mujeres con el vientre abultado como símbolo de fertilidad.

—No tenía ni idea, Pablo. Sabes mucho sobre arte, se nota que te apasiona.

No podía dejar de mirarlo con admiración, es posible que hasta se me cayera alguna baba.

Cuando salimos, me propuso hacernos una foto para inmortalizar el día y, de paso, que se viera uno de los museos más importantes de Londres. Le tendió el móvil a una chica que pasaba por allí con la aplicación de la cámara abierta y le hizo un gesto con las manos para que pudiera entenderlo. Yo se la pedí en inglés y a los dos nos dio la risa.

—Alejandra, ¡rápido! ¡Súbete a mi espalda a caballito, detrás de mí! No me gusta posar en las fotos.

La foto salió preciosa, para enmarcarla; el museo y nosotros dos riéndonos mientras yo estaba agarrada a él con mis gafas de corazones. La verdad que nuestro aspecto era muy londinense, nos mimetizábamos muy bien con el lugar.

Nos fuimos a comer al Pizza Hut Restaurants de Piccadilly Circus, que era nuestro local favorito en Londres. La comida era barra libre y con precios razonables para Inglaterra. La bebida también lo era: cogías el vaso y lo podías rellenar tantas veces como quisieras. Las ensaladas eran también tipo *buffet* con todos los ingredientes frescos y apetitosos y las *pizzas* eran de todos los tipos, sacaban de todas las variedades de ingredientes y de tipo de masa (pan, fina, normal).

Después de disfrutar de una comida divertida, nos fuimos de nuevo a la residencia de estudiantes. Era martes y ese día siempre hacíamos la colada.

Me di una ducha muy fría (aunque en Londres no hacía mucho calor) y en cuanto estuve preparada, me fui a la habitación de Pablo. Cuando me abrió la puerta en pantalón corto y sin camiseta, sentí que me faltaba un poco el aire o, mejor dicho, para ser sincera, lo que sentí fueron palpitaciones en mi entrepierna. Entré y dejé el cesto con la ropa sucia en el suelo de su habitación. En ese momento, me dijo:

—Ahora bajamos y hacemos la colada, pero antes tengo que decirte que después de la ducha estás increíblemente guapa. Tienes el pelo un poco mojado, la piel suave, las mejillas sonrosadas y los labios muy rojos. ¿Me dejarías que te pintara? Me gusta hacer retratos de las personas que me inspiran y no quiero desaprovechar este momento. No tardaremos mucho, lo haré con un lápiz.

—Eres tremendo, Pablo. Tienes un aura especial. ¡Claro que no me importa! Somos amigos. Será divertido.

—Perfecto.

Cuando dejó su enorme mano sobre la mía, sentí un cosquilleo. Uno bonito.

«¿Qué estoy haciendo? —pensé—. Somos amigos. Esto no puede ocurrir. El sexo estropearía nuestra amistad». Pero me dejé llevar, tampoco era tan grave, solo me iba a dibujar.

Pablo era un chico atractivo, diferente, muy inteligente, divertido, delirante. Un alma libre al que le gustaba evadirse de la realidad y salir de este mundo.

Mientras me dibuja, se notaba que la tensión sexual se podía cortar con un cuchillo. Verlo enfrente de mí con esos ojos negros penetrantes que se clavaban en cada poro de mi piel, me excitaba muchísimo.

Cuando terminó y me lo enseñó, no podía creer que hubiera conseguido hacer esa maravilla en tan poco tiempo, era un artista. Pablo no era de este mundo, tenía una sensibilidad muy especial.

Eran las cuatro de la tarde, el día había sido bastante intenso y estaba un poco agotada.

—Pablo, me siento muy cansada. Me voy a ir a mi habitación a echarme la siesta. Nos vemos más tarde en la lavandería —le dije.

En ese momento me miró y, con una sonrisa pícaro, me propuso:

—¿Por qué no te quedas aquí a dormir conmigo? Somos amigos, hay confianza.

—Demasiada confianza —le dije, mientras pensaba que la situación se me estaba yendo de las manos. Pero, la verdad, es que no me apetecía hacer nada por controlarla, me apetecía dejarme llevar.

Nos tumbamos en la cama y Pablo solo me miraba a mí. Sus manos entrelazaron las mías y nos acurrucamos en la cama. Él no paraba de mirarme y yo debo reconocer que se lo puse muy fácil: acerqué tanto mis labios a su boca que solo tuvo que acercar los suyos medio milímetro para fundirnos en un beso.

Nos desnudamos como pudimos, torpes pero sonrientes. Su boca recorría mi cuello y mis pechos mientras yo deslizaba mis dedos alrededor de su espalda.

Pablo perdió un poco la paciencia en el momento de desenrollar el preservativo. Estaba muy excitado y odiaba todo tipo de ataduras, pero tenía cabeza. Estaba muy impaciente. Cuando lo tuvo puesto, me susurró en el oído:

—Voy a hacer que este momento no se te olvide nunca.

—¡Hazlo! —le supliqué.

Se tumbó bocarriba y me puso encima de él, dándole la espalda. Los dos gemíamos de placer mientras me agarraba con fuerza de los muslos y me movía arriba y abajo. Me levantó con sus brazos y cambiamos de postura. Se puso de pie al borde de la cama y me atrajo de espaldas hacia él mientras mis rodillas y mis manos se clavaban en el colchón. Recuerdo que tenía un ritmo en esa posición que me dejaba sin aliento. Me atrajo fuerte hacia él, me tiró del pelo y llegué al orgasmo, mientras tanto, él no bajó el ritmo. Estaba totalmente exhausta cuando noté que él llegaba al clímax por sus espasmos y porque se le entrecortaban las palabras.

Desde luego que no iba a olvidar ese momento. Primero tenía que conseguir que las piernas me dejaran de temblar. Había creado con sus movimientos una obra artística. Ahora mismo, mi cuerpo era el producto de una creación en el campo del arte.

Pablo estaba en ropa interior cuando su hermano llamó a la habitación para que fuéramos a cenar. Por muy raro que parezca, en aquella residencia londinense cenábamos siempre a las seis de la tarde.

Antes de ir a comer los deliciosos manjares con los que nos deleitaban cada tarde, entre ellos la patata asada rellena y el *fish and chips*, Pablo me dijo, cuando todavía estaba desnuda y no me había puesto ni las braguitas:

—Hoy creo que también nos perdemos la cena. Quiero tocarte con mi guitarra una canción que he compuesto para ti. Era una sorpresa, la guardaba para una ocasión especial. Después de lo que ha pasado, ya no puede existir nada más mágico.

Se me cayeron algunas lágrimas de felicidad mientras escuchaba la letra. Sus perfectas manos de artista no tocaban la guitarra, la acariciaban.

Nos miramos con deseo. Esta vez fui yo la que tomó la iniciativa. Pablo me agarró de la cintura y deslizó la mano abierta sobre mi trasero. Yo hice lo mismo con el suyo.

Me empotró contra el mueble de la televisión para girar a continuación y subirme a la mesa de escritorio con un estallido de libros cayendo al suelo del que no hicimos ni caso. Nuestras bocas se besaban. Me atrajo por las caderas hacia el borde de la mesa, se bajó los calzoncillos, cogió un preservativo (esta vez no tardó en ponérselo) y, sin titubear, se metió en mi entrepierna.

—No pares, por favor. Me voy, me voy. —Hasta que gemí de placer y él a los segundos llegó también al orgasmo.

Se quitó el preservativo, lo anudó y lo tiró a la papelera. Me tumbé en la cama, estaba agotada. Se puso a mi lado, me besó los labios con mucha dulzura, y me dijo:

—Alejandra, eres mi musa. Vine a Londres para aprender inglés y porque estaba sufriendo una crisis de inspiración, pero, desde que te conocí, me he desbloqueado.

—Pues tú has conseguido sacar mi «yo» más salvaje y, a partir de hoy, quiero besar todos los días cada parte de tu cuerpo.

Nos estuvimos acostando diariamente y varias veces como solo ocurre cuando sabes que la historia tiene fecha de caducidad y que se termina. Fue un amor pasional y lleno de ternura y cariño.

Cuando lo vi desaparecer en el autobús que iba al aeropuerto de Heathrow, unas lágrimas cayeron por mi rostro, producidas por un cúmulo de emociones y sensaciones que no puedo explicar con palabras. Había sido, sin lugar a duda, la relación más intensa que había tenido en toda mi vida. La relación fue como era Pablo, muy intenso. Yo me quedaba allí mucho más tiempo y sabía que lo iba a echar mucho de menos, pero sus manos de artista que se giraban despidiéndose desde aquella ventana de autobús me hicieron sentir que nos volveríamos a encontrar.

En ese momento, me sonó el teléfono. Era Pablo, y me dijo:

—Sube a tu habitación y mira encima de la mesa. Hay una sorpresa para ti. Nunca te olvidaré, mi musa. —Y colgó.

Entré en mi habitación y allí estaba, era el retrato que me hizo a lápiz antes de que nos acostáramos por primera vez, y en él estaba escrito: «Muy pronto estarás enfrente de mí y te podré volver a dibujar».

## 7. EL SURFERO. UN CRUCERO POR EL MEDITERRÁNEO

El último día de crucero me sentía muy triste porque, contra todo pronóstico, me lo había pasado increíble. Debo reconocer que cuando mis amigas me lo propusieron, me mostré reticente porque pensé que sería muy aburrido, pero nada más lejos de la realidad.

Había mucha gente joven (al menos en el que hicimos nosotras), podíamos beber todo el alcohol que queríamos, había discoteca todas las noches y descubrimos unos lugares preciosos gracias a las excursiones. Era un plan para no pensar. Te daban todo hecho y solo tenías que dejarte llevar.

Allí conocimos a unos australianos con los que nos divertimos durante todo el crucero bañándonos en la piscina, bailando en la discoteca..., hasta hicimos zumba con ellos.

Desde el primer día, me fijé en William, hijo de padre australiano y madre española. Sus progenitores se conocieron en un verano en el que su padre viajó a Málaga a pasar las vacaciones. Se enamoraron y su madre se fue a vivir a Melbourne con él y allí nació William. Por eso hablaba español perfectamente.

Congeniamos desde el primer día y siempre estábamos tonteando, pero nunca pasaba nada.

Me gustaba mucho cómo era físicamente. Tenía la tez bronceada, ojos verdes, melena ondulada rubia por debajo de las orejas y un *look* muy desenfadado. Era surfero y rara vez pasaba desapercibido. Para la mayoría es una cuestión de moda, pero para William era un estilo de vida. Para él lo más importante era vestir cómodo, por eso siempre iba con pantalones cortos, camisetas y sudaderas de algodón con cierta tendencia a los aires ochenteros.

En su ropa combinaba los colores neutros con otros más atrevidos como el rosa o el amarillo neón. Predominaba en su estilismo las prendas estampadas, siendo los motivos tropicales sus favoritos. Combinaba las camisetas con pantalones cortos vaqueros cuando íbamos a la playa y complementaba su *look* con unas zapatillas o unas chanclas cómodas sin demás artificios. Por las noches, sustituía los pantalones cortos por *jeans* rotos de corte pitillo, camisetas estampadas y zapatillas.

Como era el último día del crucero, la naviera había organizado, para la noche, la cena de gala.

Cada compañía de cruceros tiene sus propios códigos de etiqueta y protocolos para celebrar esta noche, por lo que mis amigas y yo nos informamos antes de embarcar.

Nuestro agente de viajes nos recomendó llevar ropa formal para ese día, aunque lo que se entiende por ropa formal depende en gran medida de la nacionalidad y costumbres de cada pasajero. En cualquier caso, lo que implicaba era arreglarse y vestir un poco más elegantes.

En la actualidad, no existe una gran exigencia al respecto, salvo que abordes en un crucero exclusivo o de ultralujo donde las normas de etiqueta son estrictas. La mayoría de las compañías navieras recomiendan vestidos largos o cortos (de cóctel), pantalones de vestir o blusas elegantes para las mujeres. Para los hombres, traje, camisa y corbata o sencillamente pantalón, chaqueta y camisa.

Mis amigas y yo disfrutamos preparándonos para esa noche. Era un momento para sentirnos especiales, para disfrutar de una velada diferente. El crucero y la tripulación nos presentaban sus mejores galas, los platos más exclusivos, eventos especiales y la posibilidad de tomarnos una foto

con el capitán.

La cena de gala fue un encuentro especial, en una atmósfera festiva y elegante. La velada inició con el cóctel de bienvenida, que era un brindis con el capitán para todos los huéspedes.

Había fotógrafos ubicados en diferentes zonas públicas del barco y cada sector contaba con una iluminación especial, diversos fondos y accesorios. ¡Podríamos hacernos cuantas fotos quisiéramos! Al día siguiente, se ponían en la galería fotográfica.

Estábamos esperando mis amigas y yo para hacernos la foto con el capitán cuando alguien me susurró al oído:

—Esta noche estás terriblemente atractiva.

Di un respingo y vi a William. No llevaba un *look* muy formal, pero se había arreglado un poco más de lo habitual. Se había recogido el pelo en un moño y estaba muy *sexy*.

—Tú también estás muy guapo esta noche. Me encantas con el pelo recogido.

—¿Nos hacemos una foto juntos?

—Sí, claro. Me apetece mucho.

Me agarró, me subió en brazos (no le supuso ningún esfuerzo, era muy cachas) y nos hicimos la foto.

William era increíble. Tenía una energía y unas «buenas vibraciones», que eran pura magia.

Continuamos la cena de gala dirigiéndonos al restaurante que nos habían asignado para disfrutar de los platos gourmet elaborados especialmente para la ocasión.

Cuando estábamos tomándonos una copa de champán cerca de la proa del barco escuchando música *chill out* de fondo, William se acercó de nuevo a mí y me dijo:

—Mira el mar, Alejandra. ¿No te resulta increíble su grandeza? Soy un enamorado de sus olas. ¿Sabes dónde nació el surf?

—No. La verdad es que no tengo ni idea. ¿Tú lo sabes? Me gustaría saberlo.

—El surf moderno deriva de una práctica que realizaban los aborígenes de Hawái y de Oceanía. En el siglo XX, el surf comenzó a popularizarse en California (Estados Unidos), sobre todo a partir de 1960 y, desde ahí, hasta nuestros días.

—¿Y qué sientes cuando lo practicas, William?

—A mí el surf me da una sensación de libertad, de autorrealización y de paz interior que es difícil de explicar en palabras. Es lo que me hace continuar a pesar del frío, de los revolcones, de madrugar para pillar un par de olas antes de mis obligaciones. ¿Sabes solo cuando siento esa sensación de nuevo? Cuando estoy haciendo el amor con una mujer. Las mujeres sois como las olas. El objetivo del surf es permanecer de pie la mayor cantidad de tiempo, igual que sucede en el sexo. ¿Tú nunca te has acostado con un surfero?

—Déjame que haga memoria... —Hice un gesto contando con los dedos de la mano—. La verdad que ahora mismo no recuerdo a ningún surfero. —Nos reímos a carcajadas.

—Pues te recomiendo que lo pruebes. Es una experiencia que no olvidarás mientras vivas. Puedo asegurarte que yo te haría gozar como no te lo han hecho nunca.

—¡Madre mía, William! Veo que estás muy seguro de ti mismo. —Estaba muy sofocada en ese momento entre el alcohol, la humedad y tener a ese hombre cerca—. ¿Por qué no nos vamos a una zona donde haya menos gente? Tengo mucho calor.

—Me parece muy buena idea. Yo también tengo mucho calor, pero no es por el clima mediterráneo precisamente —me dijo con mirada lasciva.

Nos alejamos del grupo. Mis amigas levantaron la copa como si fueran Leonardo Di Caprio en la película del *Gran Gatsby*, y se rieron.

Ya no había nadie a nuestro alrededor. Me agarró, me atrajo hacia él y me dijo:

—Mis manos, mi boca, mi lengua, mi mente... ¡Todo mi cuerpo te desea! Me encantas desde el primer día que te vi.

—Yo también —dije mientras se me aceleraba la respiración y jadeaba. Debo reconocer que su estilo surfero me volvía loca. Lo que tenía claro es que yo no me iba del crucero sin probar a ese bombón australiano.

Nos besamos apasionadamente. Metió la mano por dentro de mi vestido, me tocó los muslos y me los acarició. Estaba tan excitada que gemí.

—Vamos a mi camarote —me dijo mientras me agarraba del pelo.

—Sí, por favor.

Entramos. Echó el pestillo de la puerta para que ninguno de sus amigos nos pudiera molestar, se quitó la camiseta y pensé: «¡Qué regalo para la vista!». Después de este día ya me podía morir tranquila. Tenía todos los abdominales de su cuerpo muy marcados.

—Todos los hombres deberían practicar surf.

Se rio.

Me iba a levantar el vestido, pero le dije no. Menos mal que tuve un momento de lucidez y dejé de pensar un segundo con mi entrepierna, y le dije:

—Dame un segundo, por favor. Necesito ir al baño.

—¡Qué susto! ¿Todo bien? Ve tranquilamente.

—Sí, sí todo bien. Vuelvo en un minuto.

Me acababa de acordar que esa noche llevaba un vestido de verano con toda la espalda abierta y me había puesto un sujetador de pegatinas adhesivas que, encima de que se despegaban con el sudor, no eran nada erótico-festivas. No me gustaba ir con los pezones al descubierto y por eso me los ponía, pero como viera eso William se tiraba del barco al mar directamente.

Salí del baño solo con las braguitas y me acerqué a él. Ya se había quitado toda la ropa y tenía el condón preparado cerca de la cama.

—Relájate y disfruta.

Me tumbé en la cama. Me besó los pechos y continuó por todo mi cuerpo. Me acarició por encima de la ropa interior mientras yo gemía, y me la quitó. Me senté encima de él con mis pies cruzados por su espalda agarrándole el cuello. Abrió el envoltorio del preservativo y se lo puso. Muy despacio, me atrajo hacia a él para luego moverse más rápido y con brusquedad. Eché la cabeza para atrás y disfruté del movimiento de sus caderas. No quería llegar rápido al orgasmo porque quería disfrutar de él antes, quería que esa sensación no terminase nunca.

Hicimos varias posturas y en una de ellas, cuando yo estaba encima y William me estaba lamiendo los pechos, alcancé el clímax. Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo. Él continuó y me hizo disfrutar de mi cuerpo como pocas veces lo habían hecho.

¡Qué brutalidad! ¡Qué fondo! Me temblaba todo el cuerpo.

William llegó al orgasmo mientras estábamos el uno enfrente del otro con los brazos hacia atrás. Me encantó ver su cara de placer. Esa imagen no la olvidaré en la vida.

Nos quedamos dormidos. En un momento de la noche, un amigo suyo aporreó la puerta. Compartía camarote con él, pero no le abrimos. No sé dónde pudo dormir.

Por la mañana nos despertamos y quedamos para desayunar en el *buffet*. Yo estaba esperando en la cola donde hacían los creps, con mis gafas de corazones puestas para que no se me vieran las enormes ojeras que tenía, cuando William se acercó:

—¡Buenos días, princesa! ¡Qué rollazo tienes con esas gafas! ¡Mira! He comprado la foto que

nos hicimos ayer. Una para ti y otra para mí. Para que nunca olvidemos la noche que hemos pasado juntos.

—¡Eres adorable, William! Muchas gracias. Ha sido un detallazo, pero te aseguro que tendrían que extirparme el cerebro para que olvide lo de ayer. Todavía me tiemblan las piernas. —Los dos nos reímos a carcajadas.

## 8. EL CHICO MALO. UNA CLASE CON MI PROFESOR DE LA AUTOESCUELA

Mi profesor de la autoescuela era un hombre interesante y una persona magnífica, pero era un individuo muy particular. Algunas de mis amigas lo tenían por un creído insoportable y otras decían que tenía la falta de humildad de los tíos guapos, pero porque podía permitírselo. Su nombre era Héctor y lo conocí cuando me apunté a sacarme el carné de conducir.

Todas mis amigas habían aprobado con él y me lo recomendaron. Me dijeron que, aunque era un narcisista y tenía un sentido desmesurado de su propia importancia, una necesidad profunda de atención excesiva y admiración, relaciones conflictivas y una carencia de empatía por los demás, era muy buen profesor y todas aprobaron a la primera con él. Me apunté lo antes que pude porque, como era tan atractivo, siempre tenía lista de espera para sus clases.

Yo, que lo conocí como nadie, puedo decir que no era un creído ni un narcisista, pero sí que era una persona muy perfeccionista y que se exigía mucho a sí mismo. Nunca se mostraba tal y como era, siempre se escondía bajo la coraza que él se había creado para que nadie pudiera hacerle daño.

Esa tendencia a ocultar sus emociones y sentimientos fue, quizá, una de las mayores dificultades que lo enfrentó en su relación con las mujeres. Enamorarse para él suponía un problema porque ese sentimiento lo haría vulnerable y eso no lo iba a permitir. Solo las seducía con sus aires de «chico malo» y se acostaba con ellas. Era un hombre valiente, fuerte e independiente. Poseía todos los rasgos atractivos que atraen de por sí a una mujer. Mis amigas odiaban su forma de ser, pero cualquiera de ellas hubiera vendido su alma al diablo por acostarse con él.

Héctor era muy alto, fuerte y musculoso. Sus brazos estaban torneados y llenos de tatuajes. Tenía el pelo negro, una mandíbula prominente y unos labios carnosos. Sus ojos eran marrones maliciosos e impenetrables, y en ellos solía llevar unas lentes de aviador. En cuanto a su estilo, era el del típico «badboy».

El día que empezamos las clases prácticas de coche, llevaba una camiseta de algodón abierta de color gris por la que se asomaba el vello de su pecho, unos *jeans*, una cazadora de cuero negra y unos botines marrones. Debo reconocer que estaba muy *sexy*.

—Hola, Alejandra. ¿Qué tal te va? Como ya has aprobado el examen teórico, vamos a empezar con la parte práctica. ¿Estás preparada?

—Sí, claro. Tengo muchísimas ganas de las clases prácticas. La teoría ya me la sé.

Al oír esas palabras salir de mi boca, empecé a sudar. Me apetecía hacer las prácticas con él, pero no precisamente del coche. El pensar que íbamos a estar juntos en un espacio muy reducido me ponía muy nerviosa.

Caminamos hacia el Peugeot 206 de color azul que nos habían asignado. Nos sentamos en el coche y me explicó cómo se usaba todo lo que había allí dentro. La verdad que cuando agarró la palanca de cambios con sus brazos fuertes y tatuados, le dejé de escuchar. Mi mente ya solo pensaba en tener sexo con él.

Me puse mis gafas con montura de corazón y me abroché el cinturón de seguridad.

—Vaya... ¡Qué gafas tan originales! Hay que tener mucha personalidad para llevarlas.

—¡Claro! Por eso las llevo. Son mi seña de identidad. ¿Qué te crees? ¿Que eres el único que derrochas personalidad en este espacio? —le dije con mirada pícaro.

Se rio a carcajadas.

—¡Bravo, Alejandra! Pocas veces consiguen callarme la boca.

—Además, ¿quieres que te diga un secreto? Estas gafas son infalibles para ligar, son como un imán para los hombres. No te digo nada más —le sonreí de manera maliciosa.

Las risas y ese buen rollo se mantuvieron durante todas las clases.

Hasta que, una tarde, cuando quedaban dos días para presentarme al examen, rozó sus manos con las mías mientras conducía y me dijo:

—Alejandra, vamos a salirnos del itinerario. Por favor, aparca un momento por ahí, en esa zona tranquila.

—¿Qué pasa? ¿Conduzco tan mal que no quieres que me presente al examen y te estropee tu récord de cien por cien de aprobados a la primera?

Me observó con una mirada penetrante y me dijo:

—No es eso, boba. Quería decirte que quedan dos días para el examen y, una vez que apruebes, no te volveré a ver, y no quiero que desaparezcas de mi vida sin decirte que me muero de ganas de probarte y de sentirte dentro de mí.

Se me quedó la boca seca. Tuve que tragar saliva antes de responder.

—Madre mía, Héctor. ¡Qué directo! La sutileza, por lo que veo, no va contigo, pero ¿sabes qué?, que yo llevo sintiendo esas mismas ganas desde el primer día que entré en la autoescuela y te vi. —En ese momento, le agarré la cara y le besé con deseo.

—Joder... Ale, estoy muy excitado. ¡Mira, toca! ¿Te apetece que vayamos a una zona más tranquila? —dijo mientras me agarraba la mano y me la ponía en su entrepierna, que estaba a punto de estallar por el pantalón.

—Me has leído el pensamiento. ¡Conduce tú! —dije cambiándome al asiento del copiloto.

Puso esa sonrisa de «chico malo de instituto», ese repetidor que a todas las niñas del curso las vuelve locas. Me daba mucho morbo.

Héctor llevó el coche por un camino y aparcó el coche.

Tiré de su camiseta hacia mí y se desabrochó el cinturón de seguridad. Héctor tiró de la palanca que echaba mi asiento hacia atrás y yo le di a la ruedecita que lo inclinaba en la misma dirección. Se me subió encima y se colocó entre mis piernas.

Nos besamos jadeantes mientras nos tocábamos por debajo de la ropa.

—Ponte encima —me pidió.

Me gustó tenerlo abajo, mirándome con cara de deseo. Me quitó la camiseta y los pantalones mientras me sujetaba los brazos. Le gustaba tener el control.

Estaba muy excitada e intenté desabrocharle rápidamente los vaqueros y quitarle los calzoncillos ajustados de Calvin Klein que llevaba.

Cuando lo vi desnudo, confirmé mis sospechas, estaba muy muy bien dotado. Es verdad que un hombre con las manos grandes tiene igual de grande lo que tiene entre las piernas, en este caso lo puedo corroborar.

Cómodos no estábamos, pero... excitados, sí, y mucho.

—Joder... —empezó a gemir—. Joder. Sigue, sigue...

Cogió un condón de la guantera, lo abrió con la boca mientras yo miraba su aparato y sufría por integridad física. Tenía mis dudas de que me pudiera entrar.

Me quitó la ropa interior con brusquedad y me atrajo hacia él. Sentí una quemazón que me

recorrió por todo el cuerpo mientras me agarraba del pelo con sus grandes manos y gemí.

Tenerlo enfrente de mí con ese torso de abdominales fuertes y marcados, moviéndose con agresividad mientras me agarraba las manos para que no pudiera moverme, provocó que llegara al orgasmo enseguida.

Él continuó y, cuando ya había perdido la noción del tiempo porque estaba completamente extasiada, lo escuché:

—Ahhh, joder... Me voy...

Las gotas de su sudor empezaron a caer por todo mi cuerpo mientras llenaba el preservativo.

Los cristales del coche estaban totalmente empañados. Nos vestimos y salimos para coger un poco de aire y, cuando estábamos apoyados en la carrocería del coche, Héctor se encendió un cigarro.

Decidimos ir a buscar algo de comer. Nos dirigimos hacia un McAuto. Allí compramos unas hamburguesas y unos refrescos y volvimos a la zona alejada a las afueras de la ciudad.

Habíamos terminado y me sentía muy cómoda con él. Teníamos mucho *feeling*.

—Alejandra, ¿y si nos hacemos «follamigos»? —me propuso.

—Si... ¿Qué?

—Si nos hacemos follamigos. —Arqueó las cejas—. Sin plantearnos nada más.

—Me parece una locura.

—No es una locura. Piénsalo. Lo hacemos y ya vemos.

—¿Estás diciendo esto porque te has quedado con ganas? Si es por eso, ahora mismo lo solucionamos —dije con mirada lasciva.

—Claro que me he quedado con ganas de más, por eso quiero que repitamos, pero no solo hoy. Quiero tenerte dentro de mí todos los días. Tenemos mucha química y eso hay que aprovecharlo. Los dos somos adultos y sentimos mucha atracción sexual. ¡Vamos a disfrutar de ella mientras dure, Ale! Sin pensar en nada más —me dijo.

—¿Me prometes que solo seremos follamigos? No quiero ningún tipo de compromiso en este momento de mi vida.

—Te lo prometo —dijo, y me dio la mano para cerrar el trato.

No creo que ninguno de los dos creyéramos que lo que estábamos haciendo fuera a funcionar. Ambos sabíamos que las emociones fuertes son altamente adictivas, pero el ser humano es curioso a la hora de encontrar excusas para justificar lo que le apetece hacer en cada momento.

## 9. EL HEDONISTA. UN INOLVIDABLE RECUERDO DE MI INTERRAIL

Se acercaban las vacaciones de verano y este año me apetecía hacer algo diferente, estaba cansada de los mismos planes de siempre y, sobre todo, estaba cansada de todas las personas que me rodeaban en ese momento. Era como que la gente que estaba cerca de mí me caiga bien, pero para un rato.

Por este motivo, decidí hacer un Interrail por Europa, sola con mi mochila. El Interrail es un billete para los ciudadanos residentes en Europa que permite viajar en tren durante un periodo específico en un gran número de países de Europa. El pase original se denomina Interrail Global Pass, con él puedes viajar a treinta y tres países.

No tenía ni idea de por dónde empezar y estaba muerta de miedo, pero ese miedo me gustaba, era como tomar pastillas de adrenalina, me sentía más viva que nunca.

Busqué información en internet y quedé con una amiga, que ya lo había hecho, para que me informara de los pasos que tenía que seguir para organizar mi viaje. Compré los billetes en la web, me hice la tarjeta sanitaria europea y me fui al Decathlon a comprarme una mochila de montaña y *trekking* de cincuenta litros.

Ya lo tenía todo preparado, solo necesitaba buscar en el mapa qué países me apetecía conocer y marcarlos. Empezaría en Budapest y el recorrido sería el siguiente: Budapest-Praga-Berlín-Ámsterdam-Bruselas-Berna-Venecia-Roma. Haría el recorrido durante un mes viajando en tren.

Compré los dos vuelos, el de ida hacia Budapest y el de vuelta desde Roma, y reservé las dos primeras noches de hotel en Budapest y no hice nada más. Lo demás lo dejé en manos del azar, me apetecía vivir una aventura sin estar condicionada por nada. Si me gustaba una ciudad, me quedaría más días que en otra, según lo que conociera y viviera allí, esa era mi idea.

Preparé mi mochila en la que metí mis imprescindibles gafas de corazones y un neceser con aseo personal. En cuanto a la ropa, guardé justo lo necesario: dos pantalones vaqueros, uno largo y uno corto; cinco camisetas de algodón de manga corta blancas y dos negras; unas zapatillas de deporte y unas chanclas de goma; dos sudaderas; un pantalón corto de algodón; calcetines y, lo más importante, una bolsita con treinta braguitas desechables para no tener que lavarlas a diario y, lo que era peor, acumularlas sucias en la mochila (esto fue una recomendación de mi amiga que ya lo había hecho). También eché condones, aunque no sabía muy bien para qué; cualquier hombre, cuando viera mis braguitas desechables, saldría corriendo.

El día que empezó mi aventura debo reconocer que me fui sin dormir al aeropuerto porque la noche anterior no había conseguido pegar ojo.

Me compré una revista en el *duty-free* y cogí un avión con dirección a Budapest, rumbo a mi propia aventura.

Llegué al hotel NH City de Budapest a las doce de la mañana, dejé las maletas en mi habitación y me fui a conocer la ciudad. El recepcionista me recomendó ir a comer al restaurante Firkasz. Estaba situado en el número dieciocho de la calle Tatra utca. La decoración tenía una sensación de 1940 y se había creado con cuidado. Las paredes estaban adornadas con artefactos de esa época que ayudaban a crear un ambiente encantador. El nombre del restaurante significaba 'escritor' en húngaro, aparentemente, y la decoración hacía referencia a este tema. Disfruté de todo

lo que probé, pero, para mí, el mejor plato fue la pata de pato asado crujiente servido con repollo morado y patatas fritas. En cuanto cogí fuerzas, fui a conocer la ciudad.

Me habían aconsejado ir a visitar las termas, por lo que cuando estuve en el hotel me puse el bañador debajo de la ropa y metí una toalla en la mochila.

Estaba esperando en la cola para pagar los *tickets*, cuando un chico con unos impresionantes ojos azules, me preguntó:

—Perdona que te moleste. ¿Eres española?

—Sí. ¿En qué puedo ayudarte?

—Mi nivel de inglés no es muy bueno y no me aclaro con todos los tipos de *tickets* que se pueden comprar.

—Sí, claro.

Mi inglés tampoco era muy bueno, pero por lo menos me había enterado.

Le expliqué las distintas tarifas, los horarios y los precios. Cuando terminé, dijo:

—Muchas gracias. Me has salvado la vida. No estaba entendiendo nada. Te debo una. ¿Viajas sola o acompañada?

—Viajo sola—Pensé: «Muy bien, Alejandra. Tú en tu línea. Le acabas de decir a un completo desconocido que estás viajando sola. Por qué no le das también el pin de tu tarjeta de crédito. Soy incontrolablemente impulsiva, nunca cambiaré».

—Yo también viajo solo. Me llamo Matías. Soy argentino, de Buenos Aires. Estoy haciendo un viaje por Europa y estaré unos días en Budapest. Me parece una chica encantadora. ¿Cómo te llamas?

—Me llamo Alejandra y también estoy viajando por Europa. Este es mi primer destino.

—Una cosa. Sé que pensarás que estoy loco, pero me parece muy linda y simpática. ¿Te apetece que visitemos las termas juntos? Me gustaría conocerte un poco más. Si no te apetece, con decírmelo, te dejaré de molestar en este mismo momento. No quiero que pienses que soy el típico argentino pesado —me dijo sonriendo.

—¡Claro que sí! Será divertido —solté una carcajada.

¿Cómo no iba a querer visitarlas con él? Si después de verlo, la atracción turística era ver su cuerpo en bañador. Las termas habían dejado de tener ningún tipo de interés para mí, además, soy totalmente vulnerable al acento argentino.

La principal característica física de Matías es que era pelirrojo. Tenía el pelo largo a la altura de los hombros y una barba cuidada y arreglada. En su cara había muchas pequitas y unos enormes ojos azules que combinaban a la perfección con su pelo rojizo y eso lo hacía aún más atractivo; además, era un hombre alto y con los músculos muy desarrollados.

Entramos en las termas y nos quedamos en bañador. Debo decir que estaba muy bien con ropa, pero sin ella y con el pelo recogido en un moño, casi me desmayo.

En la piscina exterior había una zona con un laberinto en forma de caracol en el que la corriente del agua te arrastraba y era realmente divertido. Matías y yo no podíamos salir de allí y no dejamos de reírnos. Observamos cómo los ancianos jugaban al ajedrez dentro de la piscina mientras sus cuerpos se arrugaban como pasas, y nos metimos en las termas interiores. Cuando se cayó el sol, decidimos que era el momento de marcharnos porque empezábamos a sentir frío en el cuerpo. Estábamos saliendo cuando Matías me dijo:

—Alejandra, me lo he pasado genial contigo y se me está ocurriendo una idea... Por lo que me has comentado antes, tu hotel está muy cerca del mío, ¿te apetece que ahora nos tomemos unas cervezas por la zona? Por cierto, estás muy *sexy* con esas gafas de corazones.

—Tú no necesitas gafas para estarlo... ¡Vamos! Nos sentarán muy bien unas cervezas para refrescarnos.

Pasamos unos días juntos en Budapest. Me encantaba estar con él. Matías tenía mucha personalidad. Él sabía que su atípico pelo rojo era precisamente lo que le hacía especial y ¡me encantaba! Sus pecas me parecían muy *sexys* y adorables. Era una raza extraña y exótica (solo constituyen el 0,5 % de la población mundial), por lo que, a diferencia de los típicos rubios o morenos, él me llamaba mucho más la atención. No era nada egocéntrico y eso es algo que lo hacía aún más irresistible, además tenía mucho sentido del humor.

Me gustaba mucho su filosofía de vida. Matías era un hedonista: consideraba al placer como la finalidad de la vida, por ello vivía para disfrutar de los placeres, intentando evitar el dolor.

Habíamos congeniado tan bien y estábamos tan cómodos el uno con el otro que decidimos continuar nuestro viaje acompañados e irnos juntos hacia Praga.

Quedamos en la estación y nos sentamos dentro del tren. Estábamos prácticamente solos en el vagón, no teníamos ninguna persona a nuestro lado.

Matías colocó su mochila en el lado contrario a su asiento, en la parte superior, y se quitó la chaqueta para ponerla encima. Llevaba unos *jeans* largos rotos, enseñando las rodillas, unas zapatillas de deporte y una camiseta de manga corta negra de algodón.

Yo era incapaz de apartar la mirada de sus ojos. Me senté y dejé mi mochila en el suelo mientras él no dejaba de observar mis pechos.

Dejó reposar su brazo en uno de los laterales del asiento y me agarró la mano. Le miré y pude intuir que continuaba mirándome indiscretamente mis pechos.

—Alejandra, debo confesarte que no puedo dejar de mirar tu escote. Eres la tentación a la que no me puedo resistir —me susurró.

—No, si ya me había dado cuenta. Siento decirte que la discreción no es tu fuerte.

Me cogió la mano y me la puso en su entrepierna. Mi respiración comenzó a agitarse. Mi pecho subía y bajaba rápidamente.

—Matías, no quiero que te resistas —le dije con una mirada lasciva.

Me besó y con sus manos tocó con deseo mis pechos. Intensificó el movimiento mientras yo no dejaba de acariciarle por encima del pantalón, invitándome a seguir.

Cerré los ojos, dejándome ir. Tragué saliva. Matías no pretendía parar y apretó su mano contra mi entrepierna.

—Vamos al baño, Alejandra. No puedo más.

Nos metimos en el minúsculo espacio del baño del tren, nos bajamos los pantalones y la ropa interior (ni se fijó que eran braguitas desechables. Podía haber llevado unas braguitas de ganchillo o de otra cosa, que tampoco las hubiera visto), cogió un condón de su bolsillo y, sin titubear, me empotró contra la pared. Era muy ardiente y apasionado.

Gemimos de placer hasta que, yo primero y él después, alcanzamos el clímax. Estábamos muy excitados y no tardamos mucho. Solo queríamos satisfacer nuestra necesidad, lo hicimos como animales. Cerré mis piernas y noté cómo todavía me temblaban. Cuando terminamos de vestirnos, salimos del baño y volvimos a nuestros asientos.

Nos abrazamos y nos besamos en la boca intensamente durante varios segundos hasta que entrelazamos las manos.

—Bueno... Por lo que veo, Alejandra, este viaje promete.

—Vaya que si promete... —dije sonriendo.

## 10. EL FIESTERO. UNA NOCHE LOCA EN UNA PLAYA DE IBIZA

El verano en Ibiza puede ser muchas cosas. Lo que está claro es que la isla nunca te deja indiferente.

Siempre que voy con mis amigas, me siento que estoy en un anuncio de la cerveza Estrella Damm: puestas de sol, fiestas al aire libre, alcohol, gente diferente y sexo casi asegurado. Bueno, no voy a engañarme, el sexo en la isla está siempre asegurado.

Nuestra máxima preocupación allí era tomar sol, a qué fiestas íbamos y con qué chicos de los veinte mil que habíamos conocido la noche anterior quedábamos al día siguiente.

Llevamos unos días disfrutando de la isla, cuando un joven, que era relaciones, nos propuso el plan de una fiesta en un barco. Empezaba por la noche a las nueve y terminaba a las cinco de la mañana del día siguiente. Sonaba turbio, sonaba a locura y sonaba a lujuria y desenfreno. Justo todo lo que buscábamos hacer en verano. Era perfecto para nosotras. Compramos las entradas y nos arreglamos para la ocasión: bikini, minishort vaquero, camiseta de tirantes, chancas, labios rojos y, por supuesto, mis gafas de corazones.

El sol se estaba escondiendo dentro del mar cuando comenzábamos a subir en el barco llamado «Lazy Pirate Ibiza». Era un barco pirata.

Entramos y vimos alcohol por todos los rincones; era barra libre. Tengo que decir que fue la fiesta más extravagante, surrealista y loca en la que he estado en toda mi vida; además, dudo que vuelva a estar en alguna así.

Estaba llena de italianos desatados con bañadores *slip* de la marca Turbo, en los que se les marcaba todo y dejaban poco a la imaginación. En las barras, había bebida para servirse uno mismo, aparte de la que servían los camareros.

Recuerdo a varios chicos con un disfraz de plátano que se subían a la barra y colocaban un embudo en un tubo de plástico transparente. La gracia consistía en que ellos echaban alcohol por el embudo desde arriba y, abajo, había una persona que bebía de la manguera todo lo que podía sin parar. Sí, había un nivel muy alto de madurez en ese barco.

La verdad es que nos divertíamos, era como si al día siguiente se fuera a acabar el mundo y tuviéramos que hacer todo lo malo junto en ese momento. Parecía que todos nos íbamos a morir al día siguiente. Me gustó mucho la sensación: no había preocupaciones, no se pensaba, solo disfrutamos del momento y nos dejábamos llevar.

Recuerdo el calor pegado a mí, húmedo, dejando a su paso un reguero de gotitas de su sudor que no importaba.

—¡Otra copa! ¡Más música, por favor! ¡Menea la manguera, hombre disfrazado de plátano!

Mientras decía esa frase, el bikini que llevaba se corrió y estuve bailando un buen rato con un pecho fuera. Lo mejor es que esa fiesta era tal locura que a nadie le sorprendió, ni le pareció raro, ni me miró. ¡Cómo les iba a importar!, si en el medio del barco había un chico tapándose lo que tenía entre las piernas con una toalla mientras hacía «el baile del fantasma».

La brisa del mar llegaba a la pista de baile refrescando mi piel mientras me movía al ritmo de la música.

Mientras bailaba, un chico me agarró y me dio una vuelta, y comenzó a bailar conmigo. Sonaba «Goodbye», de Feder.

—*I like your sunglasses.*

—*What?* Soy española.

—Entiendo. Yo hablar un poco español. Me gustan tus gafas de sol.

—*Ahh! OK. Thanks!*

La canción era muy erótica. Nos rozábamos, nos comíamos con la mirada. Nuestros cuerpos estaban empapados y no solo por el sudor del calor que hacía. Cuando la canción decía «*When you fuck her? Does she know you were supposed to love me til you die? Almost, kill me*», ya nos estábamos besando. La sensación era la misma de cuando tienes mucha sed y no puedes parar de beber agua.

Era alemán. Se llamaba Johann, era alto, muy alto, y tonificado. En su torso se le marcaban los abdominales y los oblicuos. Tenía mucha cantidad de pelo, era negro y lo llevaba peinado hacia arriba. Sus ojos eran azules y encantadores. Su piel estaba muy roja. Debía ser que no sabía que existía la crema solar. Tenía una sonrisa perfecta con unos dientes blancos y unos labios superrojos. Alrededor de ellos lucía la sombra negra de una barba. Llevaba una camiseta de algodón blanca sin mangas y un bañador justo por encima de la rodilla de color azul.

Vivía en la zona de Baviera, concretamente en Múnich. Eso fue todo lo que entendí de su conversación.

Hablaba un poco de español, mejor que yo inglés, y nos pudimos entender. Aunque en esa situación no era necesario saber ningún idioma.

Seguimos allí tocándonos, besándonos, agarrándonos del pelo, hasta que el capitán del barco dijo que volvíamos a tierra.

Cuando desembarcamos, le dije a mis amigas que ellas se fueran que yo me quedaba en la playa con Johann, que me iba a enseñar un poquito de la idiosincrasia de la cultura alemana.

—Chicas, no os preocupéis por mí. Cogeré un taxi para regresar al hotel.

—¡Perfecto, perra! Pero usa gomita, que no sabes con quién se ha acostado este tío antes y ¡disfruta la fruta! Luego nos cuentas —me dijo mi amiga Sofia.

Se marcharon y yo me fui con Johann a una zona alejada de la playa donde había una hamaca abandonada. Íbamos a juntar la noche con el día.

Fue él, el que se quitó la camiseta. Yo desabotoné mi *short* tan rápido como pude. Me quitó la parte de arriba, yo me ocupé de su bañador y él de quitarme el bikini. Estaba un poco borracho, pero era hábil.

Dejamos la ropa tirada sobre la arena de la playa.

Johann se sentó en la hamaca y yo me puse a horcajadas encima de él. Me besó los labios, el cuello y mis pechos mientras acariciaba todo mi cuerpo. Me excitaba mucho, se me erizaba la piel. Lo hacía muy despacio y con movimientos muy suaves.

—Ahí... —le indiqué—. Es ahí. ¡Espera! ¿Tienes condones? —Le hice un gesto con la mano para que me entendiera.

—Oh... *Yes.*

Pensé: «Menos mal porque, querido, contigo no lo hago sin preservativo ni aunque hubiera quedado sin el hemisferio izquierdo de mi cerebro, el encargado de la parte racional».

Johann se puso la goma, pero me hizo una mueca al desenrollarlo. No salió del tirón. Lo volvió a intentar colocar desde arriba. Al mirarlo, el problema era evidente. Lo raro sería que todo funcionara de maravilla con el alcohol que habíamos ingerido los dos.

Me incorporé, la acaricié y lo volvimos a intentar. Ahora sí.

Me tumbé en la hamaca y él se puso encima de mí. Le agarré del trasero y le clavé los dedos,

eso le gustaba. No hablamos. En la playa solo se oía el golpeteo de nuestras caderas, sus gemidos y mis quejidos de placer.

Cambiamos de postura. Dadas las circunstancias, no había muchas opciones para elegir. Me puse yo encima y llegué al orgasmo.

Cuando lo conseguí, él se quedó dentro de mí y buscó su propio placer.

—*Oh, my God... Oh...*

Johann paró y salió de mi cuerpo, jadeando. Me miró y me besó en los labios, mientras yo sentía la arena en los pies, los rayos de sol en la piel y el frescor de la brisa del mar en la cara.

Eran las seis y media de la mañana, estaba amaneciendo, y decidimos bañarnos desnudos en el mar mientras salía el sol.

Recuerdo la agradable sensación de desconectar de todos mis pensamientos y conectar con el presente. En ese momento no existían estereotipos ni prejuicios, solo disfrutábamos de nuestro cuerpo y de nuestra libertad. El contacto del agua con la piel sin nada de ropa, fue una sensación de libertad muy placentera.

Desnudas, todas las personas somos iguales, sin etiquetas que determinen el rol de cada uno. Disfruté de la igualdad más pura. Fue una sensación indescriptible.

Cuando me siento agobiada por la rutina del día a día, me gusta cerrar los ojos y recordar la sensación de libertad insuperable que sentí ese día junto a Johann en la playa de Ibiza.

## 11. EL YOGURÍN. UNA FIESTA CON EL HERMANO DE MI MEJOR AMIGA

Para celebrar la noche de San Juan, como todos los años, mi amiga Olivia había organizado una fiesta en su casa.

La llegada del solsticio de verano se celebra en toda la geografía española con ritos y tradiciones ancestrales.

En mitología se cree que los deseos que tengas se harán realidad en esta noche, una reminiscencia de las antiguas tradiciones. Esta noche se hacen ritos destinados a fortalecer el espíritu, a vencer las resistencias y el miedo a lo desconocido, a atraer el amor, la buena suerte y la salud. Supone un impulso a la renovación interior para obtener nueva energía y quemar en el fuego todo lo que queremos dejar atrás en nuestras vidas.

La tradición que teníamos mis amigas y yo era escribir en un papel todo lo que queríamos que desapareciera, y lo echábamos a la barbacoa. Nosotras usábamos el fuego como elemento purificador que nos ayudaba a quemar todo lo malo, a dejar atrás la mala suerte y las energías negativas.

Celebrando la fiesta con nosotras, estaba Carlos (el hermano pequeño de Olivia) con sus amigos. Siempre me había parecido una monada. Tenía 19 añitos, era rubio con el pelo corto, piel bronceada, sonrisa blanca y unos ojos marrones muy pícaros. Llevaba puesto un bañador, una camisa de lino desabrochada estratégicamente, unas alpargatas, muchas pulseras en las manos y un colgante con una cuerda marrón en el cuello. Parecía un modelo salido del catálogo de la marca Hollister.

La verdad que todo el grupo de amigos iba vestido bastante parecido. La personalidad a esa edad normalmente brilla por su ausencia.

Carlos siempre me había gustado. Era divertido, simpático y muy guapo, pero siempre lo había visto como el hermano pequeño de mi amiga, nunca me había planteado tener nada con él. Pero, aquella noche, empecé a verlo de manera diferente. Me contó que ese año había empezado a estudiar el doble grado de Derecho y ADE, en la Universidad Europea de Madrid, y que estaba muy contento. Me estuvo transmitiendo todas sus expectativas de futuro; ya no era un niño, era un hombre.

Cuando terminamos de cenar, pusimos música, bebimos copas y bailamos alrededor de la piscina mientras sonaba la canción *The Triangles*. Era nuestra canción favorita, siempre la poníamos la noche de San Juan. Significaba que empezaba el verano, las cervezas frías, las terrazas, las noches interminables, la playa, la montaña...

Cuando terminó, a uno de los chicos se le ocurrió que podíamos jugar a «Yo nunca he».

Me encantaba estar con el hermano de Olivia y sus amigos, era como ponerse una crema de las que anuncia la televisión que te puede rejuvenecer en veinticuatro horas. Me sentía una *teenager* a su lado. Y ellos estaban encantados con nosotras.

También jugamos a un juego con la canción «Thunderstruck», del álbum *The Razors Edge*, de AC/DC. Cada vez que escuchábamos «Thunder», teníamos que beber de la copa.

La noche continuó muy divertida. Me dolía la barriga de reírme. No parábamos de beber, no nos importaba nada porque todos nos quedábamos esa noche a dormir en la casa de Olivia.

—¿Jugamos a «tinieblas»? —propuso Carlos.

Nos moríamos de la risa. ¿Por qué no? «Tinieblas» era un juego infantil de toda la vida muy divertido que practicábamos cuando éramos niños y, ¿por qué no podíamos volver a jugar de adultos? Solo había que tener ganas de pasar un buen rato en compañía. Para jugar a las tinieblas únicamente necesitábamos una habitación, gente y muchas ganas de reír.

Preparamos la sala en la que íbamos a jugar, retirando los objetos punzantes, peligrosos o delicados. Íbamos a estar a oscuras y podíamos romper alguna cosa. Bajamos las persianas y corrimos las cortinas hasta que se quedó completamente opaca.

Olivia se quedó fuera mientras el resto nos escondíamos en el interior de la habitación. Una vez escondidos todos, apagamos la luz y la llamamos para que entrara.

Agudizando el oído y usando sobre todo las manos y el tacto, Olivia nos debía encontrar, diciendo nuestro nombre y sacándonos de la habitación conforme nos fuera encontrando.

Pensé que los escondites más fáciles son siempre los más difíciles de encontrar y me quedé de pie detrás de la cortina.

Olivia entró y empezó a tocar el pelo y a hacer reír a todo el que se encontraba para que se le escapara un grito y se delatara enseguida.

Estábamos todos jugando cuando el hermano de Olivia, que había visto dónde me había escondido, vino y me dijo al oído:

—¡Chss! No te asustes. Soy Carlos.

Me agarró la cara y me besó.

Pensé: «¡Madre mía con el yogurín...!». Tenía más agallas que muchos hombres con los que me había encontrado. Quizás no fuera valor y simplemente era que esa edad no se piensa tanto lo que vas a hacer, simplemente los haces. Carlos derrochaba vigor y entusiasmo.

Nuestros amigos continuaban jugando con las luces apagadas cuando nosotros salimos de la habitación a hurtadillas y nos fuimos a uno de los dormitorios y echamos el pestillo.

Continuamos besándonos mientras le acariciaba la entrepierna. Le bajé el bañador y me agaché.

El miembro que este impúber tenía entre las piernas era algo fuera de lo corriente.

—¿Eres consciente de que lo que tienes ahí es más grande de lo normal?

—Algo me han dicho, pero no te creas que me han surgido muchas ocasiones para que me lo dijeran —se rio.

Continué agachada y, cuando ya vi que estaba muy excitado, me levanté.

—Ahora te toca disfrutar a ti.

Nos quitamos la ropa y me tumbó en la cama, me acarició y me lamió la entrepierna y me hizo disfrutar mucho para lo joven que era. Estaba impresionada. No me podía creer lo que estaba viviendo.

Se incorporó y le dije que necesitábamos un condón. Buscó uno en su mochila, lo abrió y lo desenrolló con dificultad porque le temblaban mucho las manos. Estaba nerviosísimo. Aunque estaba muy bien dotado, no tenía que tener mucha experiencia. Recuerdo que no tenía ninguna fe en que saliera bien, pero entre las condiciones físicas que tenía y que no se le bajó ni un momento, me tenía alucinada. Muy pocos hombres tenían tanto fondo como él.

Al principio fue un poco sieso, no se movía mucho, pero, eso sí, funcionaba muy bien. Me miró fijamente, se concentró y me hizo disfrutar. Consiguí que llegara al orgasmo sin cambiar de postura, solo estando encima de mí. Me excitaba muchísimo.

Para buscar su propio placer, me agarró del cuello y movió más rápido sus caderas. Su

expresión facial cambió y soltó un gemido como respuesta natural a la respiración profunda que se experimenta por el éxtasis del placer.

Estaba totalmente desconcertada con Carlos. No solo era extremadamente delgado y tenía una estatura por debajo de la media, además, rezumaba una timidez, una admirable humildad y una (aparente) inocencia que jamás pude imaginar que un hombre así me fuera a dar tanto placer sexual como lo hizo él.

Cuando estábamos tumbados en la cama abrazados, me dijo:

—Alejandra, si te dijera que puedes pedir el deseo que quieras y se te hará realidad, ¿me creerías?

—Eres una caja de sorpresas —dije sonriendo—. La verdad que, después de lo de esta noche, de ti me creo cualquier cosa.

—Escúchame con atención. Por muy sorprendente que parezca, así funciona. Tú pides y el universo da, y cada vez más personas están convencidas de esto. No sé si funciona a ciencia cierta, pero vale la pena intentarlo, ¿no crees? Solo tienes que seguir cuatro sencillos pasos para pedirlo de la manera correcta y permitir que se cumpla. Sigue los pasos y, cuando te vuelva a ver, me dices si tu deseo se ha vuelto realidad. Piensa un deseo, Ale.

—Vale. Ya lo tengo.

—Genial. Ahora define qué quieres desear. Parece un paso fácil, pero hay que tener muy claro qué se quiere pedir. Es importante establecer una buena comunicación con el universo para que le llegue bien nuestra petición. Tenemos que definir muy bien qué queremos. ¿Lo tienes?

—Sí.

—Pide el deseo. El siguiente paso es pedir el deseo al universo. Recuerda que no le estás pidiendo nada a ninguna persona en particular. Es el universo el que decidirá cómo nos hace llegar lo que hemos pedido y qué personas intervienen en el proceso. Para pedir tu deseo, debes verbalizar la petición. Dilo en voz baja y me taparé los oídos para no escucharlo. ¿Ya?

—Sí —dije sin parar de sonreír—. «Deseo que el corazón de la persona que me ame siempre sea joven».

—Bien, ahora escucha. Una vez ya hemos pedido nuestro deseo, el siguiente paso es esperar una respuesta. Debemos escuchar atentamente durante el tiempo que sea necesario la respuesta del universo. Pueden pasar días, meses e incluso años, pero no te desespere.

—De acuerdo.

—Ya solo te queda actuar. Cuando pedimos un deseo al universo y esperamos atentamente una respuesta, la respuesta llega y tenemos que actuar en consecuencia. Lo que normalmente sucede es que recibimos una intuición: «Ve a tal lugar», «haz tal cosa», «llama a tal persona»... Cuando esto sucede, durante unos breves segundos lo vemos todo muy claro. Sentimos que el universo ha respondido y que lo que deseamos está en camino. ¿Y sabes una cosa? Puedo asegurar que funciona.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Porque la primera que te vi, mi deseo fue que alguna vez te besara, y hoy no solo se ha cumplido, sino que el universo me ha concedido más de lo que pedí.

## 12. EL ROMÁNTICO. UN AMOR EN BURDEOS

Cuando me mudé a Burdeos por trabajo, me gustaba decir que había sido porque me habían brindado un puesto mejor en mi empresa, pero nada más lejos de la realidad. El único motivo fue que me ofrecieron la oportunidad y, como a mí me gusta tanto la aventura y los retos, pensé: «Para estar haciendo lo mismo que aquí, me voy una temporada a Burdeos y conozco una ciudad nueva».

No había más pretensiones en mi viaje, ya que el salario y las condiciones iban a ser las mismas que en España.

Cuando llegué a Burdeos, mi piso estaba en la Rue Montesquieu, al lado del hotel Konti by HappyCulture. Disfrutaba de una fantástica ubicación en el centro de Burdeos, a solo tres minutos a pie de Rue Sainte-Catherine y a seis minutos del Gran Teatro de la Ópera Nacional.

Burdeos era una ciudad preciosa y tranquila para vivir. Se podía ir a todos los sitios andando o cogiendo el tranvía. La verdad que fui muy feliz allí.

Yo había llegado en abril y, cuando empezó noviembre, que ya estaba más aclimatada, me encontré una sorpresa inesperada en mi buzón.

Miré a ambos lados del descansillo del edificio y pensé: «¿Hoy se celebra el día de los santos inocentes en Burdeos y no me he enterado? Nadie me ha dicho nada en la oficina».

Era un sobre *kraft* en el que ponía: «Estoy pensando en ti. No importa a qué hora leas esto».

Entré en casa y abrí la carta. Decía:

*Querida vecina del 3.º A:*

*Hola. Mi nombre es Daniel. Soy tu vecino del 3.º C y te escribo porque me he dado cuenta de que eres española cuando he coincidido contigo en el ascensor. Yo también lo soy y me gustaría conocerte. Somos dos personas que estamos aquí solas y quería decirte que, si necesitas cualquier cosa, no dudes en contar conmigo.*

*Si te apetece conocerme, llama al 3.º C. Si no lo haces, lo entenderé y dejaré de molestarte. No quiero que termines mudándote de piso por culpa de tu vecino acosador.*

*Un saludo,*

*Daniel*

Estaba en estado de *shock*. Nunca me había pasado algo así. Lo primero que hice fue hacerle fotos a todo para enviárselas a mis amigas, tenía que dejar pruebas gráficas de aquello por si al final el vecino resultaba ser un psicópata.

Estuve un rato pensando qué hacía: si me iba a conocerlo o pasaba (aunque debo reconocer que no mucho, porque yo soy muy poco racional, siempre he sido muy pasional). Si no me caía bien, lo iba a tener que ver todos los días y no era nada fácil encontrar otro piso en esa zona de la ciudad y a buen precio, pero pensé: «A este chico tengo que conocerlo porque es un chico con agallas. Ha demostrado tener mucho valor para dejarme la carta y eso dice mucho de él». Me vuelve loca la gente que se arriesga en la vida.

Cogí el sobre y llamé a su timbre.

—Hola. Soy Daniel. Ya veo que has leído la carta.

—Hola, me llamo Alejandra. Me ha gustado mucho el detalle. Pienso que has sido muy valiente.

Los dos nos reímos.

Estuvimos hablando mientras la luz del descansillo se apagaba constantemente y la volvíamos a encender. La verdad que estaba muy a gusto y no me quería ir.

No me invitó a pasar para mantener la distancia, lo que me pareció muy acertado.

Nos dimos los teléfonos y nos despedimos con dos besos. En ningún momento pude imaginarme en lo que esa conversación iba a derivar.

A los pocos días, recibí un WhatsApp:

*Hola, vecina. El jueves es día festivo aquí en la ciudad y no se trabaja, ¿te apetece que cenemos juntos el miércoles? Conozco un sitio donde hay una gran selección de vinos para elegir. Me dices*

*Hola, la verdad que no tengo plan para ese día y soy una apasionada del vino. Por mí perfecto. ¿A qué hora quedamos? Creo que no voy a tardar en llegar a tu casa*

*Te recojo en tu casa a las ocho, ¿te parece?*

*Perfecto. Nos vemos el miércoles.*

Fuimos a una vinoteca llamada Aux Quatre Coins du Vin en la Rue de la Devise. Estaba ubicada en la zona turística de Burdeos, pero, aun así, la calle era tranquila. El lugar era una maravilla y el personal muy amable, atendían también en español. Fuimos a este local porque ofrecía la posibilidad de cargar dinero en una tarjeta y luego irlo gastando en las máquinas expendedoras. Tenía dispensadores de todo tipo de vinos donde podías ponerte tres, seis o doce centilitros. Esto te permitía probar muchos diferentes y descubrir la región y el país a través de la diversidad que ofrecían. Para acompañar los vinos, pedimos una tabla de quesos.

Daniel era un hombre muy atractivo. Físicamente tenía el rostro en forma de diamante, tenía la barbilla muy marcada más de lo normal y los pómulos bastante finos. Además, su frente sobresalía un poco, de manera que se creaba en su cara una forma casi triangular. Era un tipo de rostro muy masculino, aunque no muy común. Tenía el pelo negro, llevaba un corte algo largo, media melena, que combinaba con una barba que permitía sacar mayor partido a sus pómulos. Era un hombre atlético, aunque no musculoso; se notaba que hacía deporte de manera gradual.

El adjetivo que mejor lo define es que era un hombre elegante en todos los sentidos. Para esa noche eligió un *look* arreglado pero informal. Llevaba un jersey negro de cuello alto, un pantalón gris y unos botines negros. Además, lo completaba con un abrigo de paño negro con los botones cruzados y unos guantes marrones de piel.

Su elegancia no solo se apreciaba en su manera de vestir, sino también en su forma de ser. Era agradable y se mostraba interesado en lo que ocurría en mi vida, en cómo me sentía y en saber mis necesidades. No se comportaba como si fuera la única persona con un mensaje interesante que transmitir. Me escuchaba, me miraba, me acompañaba y conversaba, no monopoliza la conversación. Además, lo que más me gustaba de él es que siempre mostraba una sonrisa en su rostro. Transmitía el deseo de querer agradarme. Las personas que sonrían de forma sincera me caen muy bien.

—Alejandra, debo confesarte que estoy muy cómodo contigo. Tenía muchas ganas de

conocer. Me pareces una mujer muy guapa y encantadora. Me gustaste desde el primer día que me crucé contigo en el ascensor de nuestro edificio.

—Gracias, Daniel. La verdad que yo también estoy muy a gusto contigo. Cuando vi tu carta, pensé que eras un hombre muy decidido y por ese motivo te quise conocer. ¿Te apetece que continuemos la noche en mi casa? Una amiga me ha regalado un ron que compró en Punta Cana y me ha dicho que está exquisito.

—Estoy deseando probar ese ron.

Me puse las gafas de corazones y nos fuimos para mi casa.

—¿Por qué te pones las gafas de sol? Llámame loco, pero es totalmente de noche, aunque debo reconocer que me encantan cómo te quedan, pareces una modelo de pasarela.

—Porque por esta zona vive mi jefa y no me apetece nada que me reconozca y tener que estar hablando con ella. Con las gafas pasaré desapercibida.

—Voy a comprarme yo otras, porque esta ciudad es muy pequeña y siempre termino también encontrándome con la mía.

—No hace falta que te las compres, yo te las presto cuando quieras —le dije sonriendo.

En cuanto abrí la puerta de mi casa, me agarró y me besó. Llevaba toda la noche deseando que lo hiciera. Habíamos encontrado un lugar apropiado para seguir disfrutando de nuestra mutua compañía

Nos acariciamos y jugamos el uno con el otro, pero, cuando se bajó los pantalones y me empezó a tocar, le dije:

—No, las braguitas no...

¿Me habían echado alguna sustancia tóxica en el vino de la cena? Yo nunca le decía que no a un hombre que me gustaba. Pensé que me odiaría y que no me volvería a llamar.

—Espera, prefiero que no lo hagamos —le dije. ¿Por qué había dicho que no?

Era la primera vez que me pasaba. Estaba ofreciendo una mera resistencia para no parecer una mujer fácil a sus ojos. Me apetecía seguir conociendo su persona antes de tener relaciones sexuales con él. Me sentía muy extrañada conmigo misma en ese momento.

—Entiendo...

A continuación, dejé de besarme y acariciarme, se separó de mí, se subió los pantalones, se puso el jersey y actuó con normalidad sin resentimiento. Volvió al modo no sexual de antes de la cena, pero antes acompañó su gesto con un comentario

—No pasa nada. Tanto si tenemos sexo como si no, voy a estar contigo. Me gustas.

Encendió la luz y apagó la música que habíamos puesto para ambientar.

Con todo, fue amable y me demostró que iba a estar ahí conmigo, que estaba dispuesto a cuidarme tuviéramos sexo esa noche o no, aunque me sentí un poco incómoda por haber roto el encanto, el ambiente, la intimidad y el confort previos.

En definitiva, lo que me demostró es que, al no tener sexo, tampoco le apetecía llevar las cosas a un nivel más íntimo, ya fuera en el plano sexual o emocional. Parecía un enfriamiento natural debido a la situación, no una pataleta o un castigo por su parte.

Se quedó a dormir conmigo, yo creo que con la esperanza de que a la mañana siguiente mis reparos hubieran desaparecido y nos despertáramos teniendo sexo, pero eso no ocurrió.

Tantas cosas sucedieron después de ese día que, actualmente, tengo un tatuaje con el dibujo de un sobre en mi muñeca izquierda porque todo empezó por la carta que Daniel dejó en mi buzón.

Ya no estamos juntos, pero nunca me lo quitaré. Me gusta mirarlo y recordar que hubo al menos una vez en la que tuve la suerte de sentir lo que era estar enamorada. La vida son etapas.

